

Del tradicionalismo al socialismo autogestionario

La evolución de la militancia
carlista en la época de don Javier
y Carlos Hugo (1956-1980)

Josep Miralles Climent



Col·lecció «Biblioteca de les aules»
Minor, 33

**DEL TRADICIONALISMO
AL SOCIALISMO
AUTOGESTIONARIO**

**LA EVOLUCIÓN DE LA MILITANCIA
CARLISTA EN LA ÉPOCA DE DON
JAVIER Y CARLOS HUGO (1956-1980)**

JOSEP MIRALLES CLIMENT

PRESENTACIÓN

JOSÉ ANTONIO PIQUERAS



BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT JAUME I. Datos catalográficos

Noms: Miralles Climent, Josep, 1951- autor | Piqueras, José A. (José Antonio), 1955- escriptor de contingut textual suplementari | Universitat Jaume I. Publicacions, entitat editora | Castelló de la Plana (Província). Diputació, entitat editora

Títol: Del tradicionalismo al socialismo autogestionario : la evolución de la militancia carlista en la época de don Javier y Carlos Hugo (1956-1980) / Josep Miralles Climent ; presentació José Antonio Piqueras

Descripció: Castelló de la Plana : Publicacions de la Universitat Jaume I. Servei de Comunicació i Publicacions : Servei de Publicacions de la Diputació de Castelló, [2023] | Col·lecció: Biblioteca de les aules. Minor ; 33 | Inclou referències bibliogràfiques

Identificadors: ISBN 978-84-18951-76-3 (UJI : paper) | ISBN 978-84-18951-77-0 (UJI : pdf) | ISBN 978-84-18951-78-7 (UJI : ePub)

Matèries: Carlisme – 1936-1975 | Partit carlista – Història – 1936-1975

Classificació: CDU 329.211(460) “1936/75” | THEMA JPFM IDSE 3MPBL-ES-A



Publicacions de la Universitat Jaume I es una editorial miembro de la UNE, cosa que garantiza la difusión y comercialización de las obras en los ámbitos nacional e internacional. www.une.es.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjense a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra.

- © Del texto: Josep Miralles Climent, 2023
- © De la ilustración de la cubierta: Montejurra 1976, César Lucas, 2023
- © De la presente edición: Publicacions de la Universitat Jaume I, 2023
Servei de Publicacions de la Diputació de Castelló, 2023

Coordinació de la edició: M. Carme Pinyana i Gari

Imprime: Servicio Gráfico y Digital de la Diputación de Castellón



ISBN paper: 978-84-18951-76-3

ISBN pdf: 978-84-18951-77-0

ISBN ePub: 978-84-18951-78-7

Depósito Legal: CS 15-2023

DOI: <http://dx.doi.org/10.6035/Biblio.Aules.Minor.33>

Este libro, de contenido científico, ha estado evaluado por personas expertas externas a la Universitat Jaume I, mediante el método denominado revisión por iguales, doble ciego.

Honrar la memoria de las gentes anónimas
es una tarea más ardua que honrar
la de las personas célebres.

WALTER BENJAMIN

ÍNDICE

SIGLAS Y ABREVIATURAS	11
PRESENTACIÓN	
JOSÉ ANTONIO PIQUERAS	13
INTRODUCCIÓN	19
AGRADECIMIENTOS	49
PRIMERA PARTE	
DEL TRADICIONALISMO HACIA EL SOCIALISMO	51
CAPÍTULO PRIMERO. LAS ACTIVIDADES POLÍTICAS DE UNA NUEVA GENERACIÓN CARLISTA TRAS LA POSGUERRA	53
1. Los estudiantes	53
1.1. Antecedentes de la AET y su lucha contra el SEU	53
1.2. La AET en la época llamada «colaboracionista»	59
1.3. Represión y últimas actividades de la AET	89
2. Los obreros	105
2.1. El Movimiento Obrero Tradicionalista y la Juventud Obrera Tradicionalista	105
2.2. La Federación Obrera Socialista, una nueva experiencia obrera	129
CAPÍTULO SEGUNDO. EL CARLISMO EN EL FILO DE LA LEGALIDAD	139
1. La prensa legal	139
1.1. <i>Montejurra</i>	140
1.2. <i>El Pensamiento Navarro</i>	145
1.3. <i>Esfuerzo Común</i>	151

2. Los procuradores familiares y las Cortes trashumantes	163
3. Los círculos carlistas	178
3.1. El Círculo Cultural Aparisi y Guijarro de Valencia	182
3.2. El Círculo Cultural Vázquez de Mella de Zaragoza	185
4. Los excombatientes requetés y el recuerdo de la Guerra Civil	187
5. Actos y presencia de la familia Borbón Parma	195
CAPÍTULO TERCERO. ENTRE LA TOLERANCIA	
Y LA REPRESIÓN	207
1. Nuevo estilo de oposición al régimen y nuevo estilo de represión ...	207
2. Continúa la represión	221
3. La expulsión de España de los Borbón Parma	230
CAPÍTULO CUARTO. CONTRASTES IDEOLÓGICO-POLÍTICOS ...	241
1. El ambiente cultural de los años sesenta y la influencia del Concilio Vaticano II	241
2. Mosaico de opiniones en torno a un cuatrilema	250
3. Los cursillos de formación	257
CAPÍTULO QUINTO. EL CARLISMO CLANDESTINO	267
1. La prensa clandestina	267
1.1. El boletín <i>IM (Información Mensual)</i> , órgano oficial de la Comunidad Tradicionalista / Partido Carlista	267
1.2. La prensa regional	273
2. Los congresos del Pueblo Carlista y las asambleas populares	278
CAPÍTULO SEXTO. EL CARLISMO REVOLUCIONARIO	289
1. La influencia guerrillera del Che: los Grupos de Acción Carlista	289
2. Carlistas de Carlos Marx: Fuerzas Activas Revolucionarias Carlistas	316
3. Actividades de la juventud	329
3.1. Antecedentes	329
3.2. La juventud se radicaliza	331
SEGUNDA PARTE	
EL CARLISMO SOCIALISTA FEDERAL Y AUTOGESTIONARIO	343
CAPÍTULO SÉPTIMO. EL PARTIDO CARLISTA. ASPECTOS	
INTERNOS	345
1. Ideología	345

2. Organización	356
3. Los Frentes de Lucha	367
3.1. Frente Obrero	368
3.1.1. El Frente Obrero en la Corriente Unitaria de cc. oo. y la alternativa USO	378
3.2. Frente Campesino	392
3.3. Frente Estudiantil	402
3.4. Frente de Barrios	410
3.4.1. Una experiencia de organización vecinal: la Asociación de Vecinos del Barrio del Cristo de Vila-real	423
3.5. Frente Exterior	427
4. La mujer en el Partido Carlista	442
5. Las Juventudes Socialistas Autogestionarias	453

CAPÍTULO OCTAVO. LOS CONTACTOS CARLISTAS

CON LA OPOSICIÓN	461
1. La unidad de la oposición y el Frente Democrático Revolucionario	461
2. Las excelentes relaciones con el PCE	469
3. Las mesas democráticas y las cenas políticas	473
4. La Junta Democrática de España	477
5. La Plataforma de Convergencia Democrática	480
6. La Platajunta	487
7. La Plataforma de Organismos Democráticos y la marginación del Partido Carlista	489
8. Alianzas en las nacionalidades: el caso valenciano (BAVE)	493

CAPÍTULO NOVENO. LAS DIFICULTADES DEL PARTIDO

CARLISTA DURANTE LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA	499
1. El Partido Carlista ante la reforma política	499
2. «Montejurra 76»: un intento del Estado de destruir el carlismo	506
2.1. Una «Operación Reconquista» facilitada por el poder	506
2.2. La ultraderecha y la colaboración de las fuerzas de orden público	523
2.3. Respuestas a un crimen de Estado	534
2.4. La Justicia al servicio del poder	538
2.5. El nuevo Gobierno de Suárez: ciego, sordo, mudo... y represor	547
2.6. Una lucha de 27 años para reconocer a Aniano y Ricardo como víctimas del terrorismo	555
3. Pasión y muerte del viejo Rey D. Javier	560
4. Obstrucción a la legalización del Partido Carlista y al regreso de su líder, Carlos Hugo	570

5. Las elecciones de 1977	577
6. Josep Massana, «El patriarca carlista», último militante preso amnistiado	582
7. El fracaso electoral de 1979	586
8. Dimisión y abandono de Carlos Hugo y del Comité Ejecutivo	589
9. La diáspora carlista	601
CAPÍTULO DÉCIMO. LOS PARTIDOS CARLISTAS FEDERADOS	603
1. Los partidos de las distintas nacionalidades. Cuatro ejemplos	603
1.1. El caso del País Vasco: Euskalherriko Karlista Alderdia	607
1.2. El caso del País Valenciano: Partit Carlista del País Valencià	626
1.3. El caso de Cataluña: Partit Carlí de Catalunya	653
1.4. El caso de Galicia: Partido Carlista de Galicia	669
2. Sant Miquel de Cuixà: encuentro de los partidos carlistas de Baleares, Cataluña y Valencia	672
RESUMEN Y CONCLUSIONES	679
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	687
Archivos	687
Testimonios	688
Prensa	689
Bibliografía	694
ÍNDICE ONOMÁSTICO	707

SIGLAS Y ABREVIATURAS

AET (o AA. EE. TT.)	Agrupación de Estudiantes Tradicionalistas
AP	Alianza Popular
APE	Asociación Profesional de Estudiantes
BAVE	Bloc Autonòmic Valencià d'Esquerres
CCAG	Círculo Cultural Aparisi Guijarro
CC. OO.	Comisiones Obreras
CEES	Centro Europeo de Estudios Sociológicos
CEN	Comité de Estudiantes de Navarra
CEOE	Confederación Española de Organizaciones Empresariales
CNT	Confederación Nacional de Trabajadores
COS	Coordinadora de Organizaciones Sindicales
CT	Comunión Tradicionalista
CTC	Comunión Tradicionalista Carlista
EKA	Euskalherriko Karlista Alderdia
ERC	Esquerra Republicana de Catalunya
ETA	Euskadi Ta Askatasuna
ETA-VI	Euskadi Ta Askatasuna-VI Asamblea
FAPC	Fuerzas Activas del Partido Carlista
FARC	Fuerzas Activas Revolucionarias Carlistas
FDR	Frente Democrático Revolucionario
FE	Frente de Estudiantes
FET de las JONS	Falange Española Tradicionalista de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista
FLP	Frente de Liberación Popular
FO	Frente Obrero
FOS	Federación Obrera Socialista
FRAP	Frente Revolucionario Antifascista y Patriota
FUDE	Federación Universitaria Democrática Española
GAC	Grupos de Acción Carlista
HNACTR	Hermandad Nacional de Antiguos Combatientes de Tercios de Requetés
HOAC	Hermandad Obrera de Acción Católica
JJ. AA.	Juventudes Autogestionarias
JJ. CC.	Juventudes Carlistas
JOC	Juventud Obrera Católica
JOT	Juventud Obrera Tradicionalista

JUME	Juventud Universitaria Monárquica Española
LCR	Liga Comunista Revolucionaria
LOE	Ley Orgánica del Estado
MC	Movimiento Comunista
MCPV	Moviment Comunista del País Valencià
MELL	Moviment Ecologista de Lleida
MIL	Movimiento Ibérico de Liberación
MOT	Movimiento Obrero Tradicionalista
UN	Naciones Unidas
OCE-BR	Organización Comunista de España-Bandera Roja
OECE	Organización Europea de Cooperación Económica
OIC	Organización de Izquierda Comunista
ONG	Organizaciones No Gubernamentales
OPI	Oposición de Izquierdas del Partido Comunista
ORT	Organización Revolucionaria de Trabajadores
PC	Partido Carlista
PCA	Partido Carlista de Andalucía
PCE	Partido Comunista de España
PCE (I)	Partido Comunista de España (Internacional)
PCI	Partit Carlí de les Illes
PCC	Partit Carlí de Catalunya
PCdG	Partido Carlista de Galicia
PCV	Partit Carlista del País Valencià
PP	Partido Popular
PSAN	Partit Socialista d'Alliberament Nacional (dels Països Catalans)
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
PSP	Partido Socialista Popular
PSPV	Partit Socialista del País Valencià
PT	Partido del Trabajo
RENACE	Regencia Nacional Carlista de Estella
SDEUB	Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona
SEU	Sindicato Español Universitario
SUCCVM	Sección Universitaria del Círculo Cultural Vázquez de Mella
SUT	Servicio Universitario de Trabajadores
TOP	Tribunal de Orden Público
UCE	Unificación Comunista de España
UD	Unión Democrática
UDPV	Unió Democràtica del País Valencià
UGT	Unión General de Trabajadores
UMD	Unión Militar Democrática
USO	Unión Sindical Obrera
VOJ	Vanguardia Obrera Juvenil
VOS	Vanguardia Obrera Sindical

PRESENTACIÓN

EL CARLISMO Y LA CONFIGURACIÓN DE LA ESPAÑA DEMOCRÁTICA: PARA REPENSAR LA MUTACIÓN DE LOS CUERPOS POLÍTICOS

El historiador inglés E. P. Thompson, a propósito de las interpretaciones históricas realizadas «a la luz de las preocupaciones posteriores» y de las consecuencias de este proceder, escribió lo siguiente: «Solo se recuerda a los victoriosos (en el sentido de aquellos cuyas aspiraciones anticipaban la evolución subsiguiente). Las vías muertas, las causas perdidas y los propios perdedores se olvidan». Refiriéndose al mundo artesano que roza la época de la Revolución Industrial y padece su competencia, aludía a los obsoletos tejedores del telar manual, a los utópicos que asistían a la decadencia de sus oficios artesanos y de sus tradiciones, admitía como posible «que su hostilidad hacia el nuevo industrialismo fuese retrógrada» y que «sus ideales comunitarios fuesen fantasías»; y añadía: «Es posible que sus conspiraciones insurreccionales fuesen temerarias. Pero ellos vivieron en aquellos tiempos de agudos trastornos sociales, y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia; y si fueron víctimas de la historia, al condenarse sus propias vidas siguen siéndolo».

Dejar en el olvido las vidas y aspiraciones de las víctimas de las «causas perdidas» implica aceptar una segunda derrota, una condena perenne de aspiraciones y esfuerzos que no solo importan en términos de experiencia personal, sino de rechazo colectivo a procesos que encontraron justificación «a la luz de las preocupaciones posteriores». Lo que Thompson refiere sobre los artesanos pobres de oficios e ideas «obsoletas» de acuerdo con la corriente de «progreso»

que acabaría imponiéndose, ricos en cambio en tradiciones culturales populares, pudiera trasladarse sin dificultad a la realidad española del siglo XIX, artesanal y campesina, arrasada por el nuevo orden. La interpretación a la luz de la «enorme prepotencia de la posteridad» —expresión también de Thompson—, distorsiona fenómenos que en el controvertido siglo XX español pugnarán contra corriente.

A tenor de esas reflexiones, la relación de fenómenos susceptibles de ser revisadas es muy amplia. Josep Miralles ha escogido el carlismo en uno de sus periodos más críticos, de una larga historia recorrida por episodios difíciles: el complejo proceso que conduce desde el bloque vencedor en la Guerra Civil, en cuyo inicio desempeñó un papel directo desde la «nueva Covadonga insurgente», como tituló Javier Ugarte su estudio del Requeté en Navarra y el País Vasco, a la defensa de principios inequívocamente democráticos mientras federalizaba su organización para adecuarse a la estructura estatal a la que aspiraba. El objetivo que se propone el autor consiste, nada menos, que en desentrañar y explicar con lenguaje directo una evolución histórica, que lo era en un doble sentido, respecto a un pretérito centenario y a lo que en adelante se proponía hacer. Una evolución que combinaba la revisión profunda del pasado reciente y la abierta oposición al régimen franquista, sin renegar de 1936 pero, desde la superación de la frustración que había ocasionado la unificación política con corrientes que le eran ajenas y la postergación de sus idearios, sin reivindicar la Guerra Civil como el nacimiento de la nueva España a la que el carlismo aspiraba. Debía explicarse un giro político que no renegaba de la historia propia ni de su cultura política, eso sí, resignificada, como poco después conceptualizaría la antropología simbólica al dar cuenta de procesos semejantes. El reto de la explicación no queda a la zaga del mismo proceso histórico del que quiere dar cuenta. Por varios motivos, el menor de los cuales no era que entre tanto el carlismo transitaba desde las banderas victoriosas del 39 a las banderas de la oposición democrática de avanzada, que llevaría al partido a integrar la Junta Democrática y la Plataforma Democrática, un sector acomodaticio —gerifaltes de antaño— era parte de la dictadura, había dirigentes provinciales que seguían el liderazgo de Javier y Carlos Hugo de Borbón sin dejar de participar en las Cortes, en las que expresaban un discreto distanciamiento crítico, y pronto, en plena transición a la democracia, con el auxilio de los servicios secretos y la protección del Ministerio de la Gobernación, un último grupo, en alianza con las tramas negras fascistas europeas, perpetrarían el crimen de Montejurra.

La evolución del carlismo es confrontada a interrogantes que no se formulan, o son de otro tipo, a propósito de la refundación del Partido Socialista Obrero Español en el breve periodo que transcurre entre 1972 y 1979, que conduce de la vieja estructura de cuadros políticos exiliados, mezcla de obreristas y masones, inmerso en todos los tics de las disputas de la emigración y de la Guerra Fría, ausente desde finales de los años cincuenta de la realidad social española, a un partido dirigido por jóvenes profesionales procedentes en su mayoría de la clase media y de círculos cristianos, muchos vástagos de vencedores de la guerra o indiferentes ante el régimen, de lenguaje izquierdista primero, capaz de integrar a náufragos del comunismo, del maoísmo y el trotskismo, para acabar en 1979 por renunciar al recién adquirido signo de identidad marxista y abrazar la libertad de mercado como piedra filosofal de toda política económica. Algo semejante, la falta de cuestionamiento, puede encontrarse respecto a la evolución del franquismo transformista. Aquí por transformismo entendemos lo que Antonio Gramsci explicó al referirse a la política italiana del siglo XIX: cómo un partido preponderante absorbe a los elementos activos de grupos aliados, «e incluso de aquellos adversarios que parecían enemigos irreconciliables», y con ello refuerza su dirección política. En primer lugar, tenemos los «desgajamientos» graduales del núcleo duro del franquismo, falangistas relevantes y nacional-católicos, que darían paso al llamado sector liberal y democristiano del régimen y de una tierra de nadie, antes de situarse algunos en abierta oposición; estarán los monárquicos juanistas llamados asimismo liberales después de haber mostrado una inquebrantable adhesión a Franco; por último, los técnicos formados en el desarrollismo, que se declararon socialdemócratas entretanto ocupaban relevantes puestos en la Administración de la dictadura. Mientras el equipo capitaneado por Adolfo Suárez emprendía desde el poder la singladura del posfranquismo arrastrando consigo a buena parte del aparato burocrático del Estado, los desgajados en las décadas anteriores que habían llegado a crear pequeños partidos de notables, e incluso a ser admitidos en las plataformas de oposición, fueron absorbidos en la UCD, a la que dotaron de credibilidad y espíritu reformista, como más tarde se desplazaron al Partido Socialista y al Partido Popular.

La historia más trabajada de mutación política fue la del Partido Comunista de España, realizada en dos fases, en los años cincuenta, con su política de reconciliación nacional, estratégica, y en los setenta, con el eurocomunismo, ideológica y táctica, que llevó a la organización del marxismo-leninismo a una socialdemocracia clásica sin un programa claro de actuación.

Josep Miralles nos sitúa ante el profundo movimiento de revisión emprendido por el carlismo, una metamorfosis que no consistía en una mudanza de piel ni en convertirse en el contrario, pues conservó elementos sustantivos de sus convicciones y releó su propio pasado, encontrando piezas desde las que enlazar con nociones modernas, e incluso en el plano económico, de vanguardia en el contexto internacional de los años sesenta y setenta. Sin dejar de prestar atención a la evolución orgánica, institucional, a la que habían hecho reconocidas contribuciones otros historiadores antes, como Josep Carles Clemente y Francisco Javier Caspistegui, entre otros, el autor centra su atención en «las bases», en los seguidores y simpatizantes de la «legitimidad proscrita». El reto era considerable: trazar la evolución de las inquietudes y compromisos de quienes, en pocos años, de correligionarios mudan a militantes, de foralistas a federales, de oscilar entre la conservación a todo trance de la propiedad instituida y unos vagos principios comunitarios pasan a sostener un socialismo autogestionario, participativo y antiburocrático, de católicos piadosos y dogmáticos cambian a posconciliares, con lo que comporta de secularización de la política. En ese sentido, el estudio avanza en un doble plano: el de la evolución orgánica y el del compromiso de nuevas generaciones, en las que se pregunta por las claves culturales que resultan significativas y que explican el significado que los actores asignaban a sus actos. Esto último obedece a una indudable empatía y a la voluntad de saldar una deuda con su generación, con los sobrevivientes de unos ideales tenidos por «fantasiosos» a los que entregaron lo mejor de su juventud y con los que hace más de medio siglo iniciaron un cambio histórico en su trayectoria para conciliar tradición, libertades y autogestión a partir de la resignificación de sus raíces populares. Pero también es un ejercicio oportuno porque restituye a esas «bases» un protagonismo en la transformación interna, interactuando con la sociedad que viven, arrancándolos de un seguidismo cesarista al que otras explicaciones parecían condenar el esfuerzo.

A lo largo de veinticinco años, entre el tardofranquismo que coexiste con el desarrollismo y la materialización de los planes de sucesión en la jefatura del Estado previstas en las leyes y por la voluntad del general Franco, y la Transición política, en el otro límite temporal, discurre una exposición y un análisis que va armándose de coherencia. Sucede esto último a medida que entran en contradicción la perpetuación de la dictadura y la evolución de la sociedad, expresada particularmente a través de jóvenes no solo inconformes, sino por familia, tradición y afinidades identificados con un movimiento político de fuerte contenido cultural y simbólico habituado a resistir y con una ventaja sobre los

demás grupos y corrientes que en 1936 se habían adherido a la sublevación cívico-militar: además de su jerarquía política, pronto escindida entre las exigencias de la unificación en un partido único y la oposición a la disolución en el entramado falangista-derechista bajo autoridad militar, el carlismo contaba con una jerarquía de fuerte contenido simbólico, que si bien a menudo se confundía con la llamada «legitimidad dinástica», en la cual era pieza imprescindible, iba mucho más lejos al cultivar una suerte de liderazgo carismático entre los suyos. Si la burocracia franquista absorbía cuadros políticos que eran antes tradicionalistas e integristas que carlistas, las nuevas generaciones no ignoraban los cambios que se producían en Europa, los creyentes contemplaron los resultados del Concilio Vaticano II y los universitarios y los integrantes de la nueva clase trabajadora, en sus relaciones cotidianas, accedían a las mismas realidades que incidían en sectores de clase media y popular que despertaban a una nueva politización.

El libro de Josep Miralles, resultado de su tesis de doctorado realizada en la Universitat Jaume I, ampliamente documentado, se sirve de textos de época de circulación restringida y cuenta con testimonios de militantes y dirigentes de la época estudiada. Con ese bagaje, se enfrenta a esa metamorfosis con voluntad de explicarla, de buscar sus raíces y establecer los pasos que se dieron para llevar un movimiento del siglo XIX a una organización moderna situada en el terreno de la democracia avanzada y el progresismo, claramente en la izquierda sobre todo en sus sectores juveniles, capaz de pactar con el antifranquismo comunista y socialista la creación de plataformas unitarias de oposición.

Entre tanto olvido colectivo e institucional, y tanta memoria subjetiva popular para la que se reclama el estatus de verdadera historia, un estudio de las características del libro que presentamos se abre paso como una contribución necesaria para una mejor comprensión del pasado reciente y del sistema democrático por el que se trabajó desde los años sesenta y el que se construyó a partir de 1977.

José Antonio Piqueras
Catedrático de Historia Contemporánea
Universitat Jaume I

INTRODUCCIÓN

El objeto de este libro es dar a conocer una cara del poliedro carlista, un movimiento popular sociopolítico español de larga duración. Se trata del carlismo que se desarrolló en la época en que experimentó un gran cambio o evolución radical, primero en sus planteamientos ideológicos y más tarde, sin dejar de evolucionar en este sentido, también en su forma organizativa. Este fenómeno de cambio se produjo entre mediados de los años cincuenta y finales de los setenta del siglo xx. Durante estos años se pasó de defender una ideología tradicionalista a otra de tipo socialista autogestionaria, y la organización cambió de nombre, pasando de llamarse Comunión Tradicionalista a Partido Carlista.

Aunque el concepto «carlismo» suele sugerir un movimiento relacionado con los partidarios de una dinastía, la dinastía carlista, históricamente en lucha con otra, llamada liberal, que de facto ocupó el poder en España a lo largo de buena parte de su historia contemporánea, la realidad histórica desmiente en muchas ocasiones esa idea de exclusividad legitimista. Ciertamente, el nombre de «carlistas» se le atribuyó a una parte del pueblo que en 1833, a la muerte de Fernando VII, tomó partido por su hermano, Carlos María Isidro, frente a la hija, Isabel. Pero como en todos los conflictos sucesorios que en la historia han sido, la toma de partido a favor de uno u otro encierra un trasfondo que no tiene mucho que ver con la preferencia personal en optar por un monarca. En este sentido han opinado especialistas de diversa procedencia, desde historiadores vinculados a la Universidad, como Julio Aróstegui, o Vicente Garmendia, hasta investigadores críticos o ajenos a esta institución, como es el caso de Félix Rodrigo Mora o David Algarrá.¹

1. Julio Aróstegui ha considerado que puede «intentarse el análisis del carlismo entre los movimientos de protesta popular propios de los orígenes del capitalismo» (Aróstegui 1977, 63). Por

¿Cómo podría haber durado casi dos siglos un colectivo humano si solamente se hubiera movido por la defensa de una dinastía? No, la defensa de una dinastía significaba algo más que lo que representaba ella misma. A pesar de ello, la defensa de la legitimidad dinástica ha sido una constante a lo largo de toda su historia. Sin embargo, en el fondo, y en sus orígenes, el carlismo fue un movimiento de rebeldía frente a unos cambios que importantes sectores de los distintos pueblos de España, o bien no comprendían, o los consideraban una agresión contra un orden secular, o atentaba contra su estabilidad y futuro económico. Por eso se le ha calificado sin más de movimiento reaccionario, conservador y contrarrevolucionario. Visto desde el punto de vista de la ideología liberal triunfante, la definición es impecable. De forma parecida, el neoliberalismo hoy tilda de puras corrientes reaccionarias a todo el movimiento antiglobalización y/o alternativo.

En el carlismo siempre ha habido una amalgama de intereses encontrados; no ha sido nunca un movimiento tan monolítico, ni tan claramente definido como algunos se empeñan en presentar, tanto desde la tradición izquierdista, como desde la conservadora. Tal vez por eso ha sufrido tantas escisiones a lo largo de su larga vida. Por otra parte, como todo movimiento sociopolítico, máxime si es de tan larga duración, no solo ha evolucionado, sino que ha recibido influencias de la cultura política dominante en cada momento de su historia.

A diferencia de otros partidos políticos de masas, especialmente los considerados de izquierdas, donde la coherencia ideológica y estratégica, así como la disciplina, era más o menos un hecho, en el carlismo visto tanto de una manera general, como en la *Comunión Tradicionalista / Partido Carlista* (organización) en particular, la disparidad de criterios, la indisciplina, los grupos no escindidos, las confrontaciones ideológicas, etc., era una constante. En pureza no era un hecho nuevo. Ya desde sus orígenes, el carlismo aglutinó a un conjunto heterogéneo de gentes pertenecientes mayoritariamente, eso sí, a las clases populares.

su parte, Félix Rodrigo Mora dice que «el mundo rural se amparó en el carlismo para resistir al liberalismo», ya que «sin el apoyo de las masas, hubiera sido la breve y trágica aventura de una muy reducida minoría» (Rodrigo 2011, 89 y 91). Vicente Garmendia, refiriéndose a Euskal Herria y a una época posterior, coincide con Rodrigo Mora, al afirmar que «sin el apoyo masivo de la inmensa mayoría de los vascos y navarros, la rebelión carlista no hubiera durado mucho» (Garmendia 1984, 16). Por su parte, David Algarra, investigando sobre el primer carlismo en Cataluña, asegura que «es van anar incorporant catalans, majoritàriament de les capes populars, entre ells jornalers, pagesos i artesans pobres, com en la guerra dels Malcontents, que s'unien al carlisme no com a elecció doctrinal, sinó amb l'esperança de recuperar les tradicions i costums comunals que els permetessin subsistir dignament» (Algarra 2015, 196).

Los únicos nexos de unión entre todos ellos –aunque no siempre– fueron el legitimismo y lo que algunos han llamado la reacción o la contrarrevolución. Sin embargo, si se observa toda la historia del carlismo hasta nuestros días, se puede ver que el más claro nexo de unión a través de toda su historia ha sido el antiliberalismo. De hecho, cuando el carlismo dejó de comportarse como movimiento contrarrevolucionario no dejó, sin embargo, de seguir siendo antiliberal en su moderna versión neoliberal.

Aunque había algún pequeño grupo, especialmente fuera de la organización mayoritaria carlista, que aún mantenía postulados antirrevolucionarios, en la etapa que nos ocupa la opción mayoritaria del carlismo no era esa. Sin embargo, eso no quiere decir que no hubiese dentro de la Comunión Tradicionalista un amplio abanico de opiniones y grupos con criterios dispares en muy distintos órdenes, aunque básicamente se podrían simplificar en dos sectores: conservadores y progresistas. De entre estos dos sectores, la izquierda fue ganando terreno en detrimento de los conservadores y tradicionalistas que fueron abandonando la organización. A pesar de que la tesis de Daniel Jesús García Riol (2015), *La resistencia tradicionalista a la renovación ideológica del carlismo (1965-1973)*, plantea que hubo una «resistencia» a la evolución del carlismo, se trató de una reacción a los cambios muy poco combativa y que movilizó a pocos carlistas de las bases, pues fue una reacción de elites disidentes con pocos seguidores comprometidos y, por tanto, sin el impulso que le imprimieron los militantes que propiciaron los cambios y que movilizó a las bases menos temerosas a enfrentarse con el régimen, con lo que lo único que consiguieron fue desmovilizar a un amplio sector del llamado «pueblo carlista» que acudía a los actos por tradición familiar, impidiendo así la posibilidad de que pudieran participar y ser partícipes del proceso evolutivo. En cierto modo, García Riol coincide con Stanley G. Payne cuando este dice que frente al carlismo de los que califica de «puros», se produjo «una divergencia totalmente nueva con la entrada en acción de una nueva generación carlista, liderada por Hugues, el hijo mayor de don Javier» (Payne 2016).²

Otra cuestión que se originó durante estos años, especialmente a partir de mediados de los sesenta, fue el cambio de actitud en sus relaciones con la dictadura franquista, colocándose inequívocamente en la oposición al régimen, después de un paréntesis de coqueteos con él tras veinte años de oposición desde el Decreto de Unificación franquista en plena Guerra Civil. Así nos lo dice Julio

2. En el prólogo a Vázquez de Prada (2016).

Aróstegui: existió «una relación tortuosa entre el viejo Carlismo y el Régimen de Franco a partir de 1937», aunque «durante bastantes años se impuso una “visión franquista” del Carlismo» (Aróstegui 1991, I: 31, 44).

Como ya se ha dicho, el presente estudio se refiere a una de esas épocas en las que el carlismo experimentó una importante y radical evolución³ desde posiciones claramente derechistas y tradicionalistas, herederas tanto de la lucha contra la Segunda República⁴ como de su participación en la guerra civil española,⁵ a otras de signo izquierdista que representó el Partido Carlista durante el Tardofranquismo y la Transición democrática.

Una importante influencia que se ejerció sobre el carlismo más joven de los años sesenta fue la del Concilio Vaticano II que, si bien es cierto que algunos sectores reaccionarios lo rechazaron, otra parte lo recibió con esperanza. No olvidemos las influencias que la Iglesia católica siempre ejerció sobre este viejo movimiento. Ya en el *Manifiesto de Morentín* (1874), D. Carlos VII dijo aquello de que «ni la unidad católica supone un espionaje religioso, ni la integridad monárquica tiene nada que ver con el despotismo [...] No daré un paso más adelante ni más atrás que la Iglesia de Jesucristo» (Ferrer 1959, XXVI: 293). Más tarde, en 1897, el Acta de Loredán (1959, XXVIII: 140) también se hizo eco de la doctrina social de la Iglesia de 1891 del papa León XIII, plasmada en su encíclica *Rerum Novarum* sobre justicia social y formación de sindicatos. Sin embargo, los obreros carlistas irían más allá de esta doctrina social y de su consecuencia: el catolicismo social. Efectivamente, fue en 1919 cuando iniciaron la creación de los injustamente difamados y olvidados Sindicatos Libres –que llegaron a ser el segundo sindicato más grande de España–, diferenciándolos claramente de los sindicatos católicos, ya que estaban formados y dirigidos por obreros, algunos de los cuales procedentes de la CNT, y, a diferencia de las organizaciones elitistas patrocinadas por la Iglesia, los Libres defendieron los intereses obreros frente a la patronal (Winston 1989, 17 y 118). También, en la época que nos ocupa, la renovación del carlismo –plasmada en el Partido Carlista–, superaría con creces aquel catolicismo social de principios del siglo xx.

Aunque la generación carlista de la posguerra –en particular los sectores más jóvenes de la Comunión Tradicionalista representados especialmente por la

3. Sobre la evolución carlista (M.^o T. de Borbón Parma 1979).

4. Sobre el sector geográfico catalán del carlismo en esta época (Vallverdú 2008).

5. Sobre las posiciones carlistas durante la Guerra Civil en uno de sus tradicionales feudos (Ugarte 1998).

AET⁶ y más tarde también por el MOT-,⁷ inició una primera evolución ideológica a mediados de los años cincuenta del siglo xx bajo el liderazgo del joven príncipe Carlos Hugo, hijo y heredero del rey carlista Javier de Borbón Parma, hubo una segunda evolución que se iniciaría en el acto de Montejurra de 1965 con un discurso renovado.⁸ Para la profesora Vázquez de Prada, «a partir de 1965 se empieza a percibir claramente el viraje del carlismo hacia la izquierda. Ya en el acto de Montejurra de ese año, el lema tradicional de “Dios, Patria, Rey” parece ser sustituido por uno desconocido hasta entonces en el partido: “Monarquía, Paz, Pueblo, Democracia”» (Vázquez de Prada 2012, 1136). Esta tendencia continuó en 1966 con la declaración oficial que hizo la Comunión Tradicionalista de considerarse «el único grupo de oposición constructiva necesaria, inevitable y prudente dentro del Régimen actual».⁹ Pero ese cambio cualitativo se hizo más notable a partir de 1968 como consecuencia de la expulsión de España de la familia real carlista de los Borbón Parma, y su profundización ideológica sería consecuencia tanto de los llamados congresos del Pueblo Carlista que se iniciaron en Arbonne (Francia) en 1970, como de una serie de cursillos clandestinos de formación para militantes. Una tesis contraria la apunta Ramón M.^a Rodón, un viejo tradicionalista que ha escrito una tesis argumentativa donde más que historiar filosofa y, además, la documenta con poca amplitud de miras, con lo que parece que quiera justificar su opción política y su posición entre los partidarios del grupo atacante en el trágico Montejurra 76. Rodón considera que fueron «Carlos Hugo y los pensadores de su equipo» quienes trataron de «imponer la nueva ideología, ajena al Carlismo» e incluso llega a sospechar que hubo infiltrados para «convertir al Carlismo en un colectivo socialista, autogestionario» (Rodón 2015, 455 y 457).

6. Agrupación de Estudiantes Tradicionalistas, cuyo origen se remonta a los años treinta del siglo xx.

7. Movimiento Obrero Tradicionalista, cuyo origen se remonta a los años 1962 y 1963. En octubre de 1963 comenzaron a editar en Murcia su órgano oficial, llamado primero *Vanguardia Obrera*, nombre que cambiaría por el de *Vanguardia Obrera Tradicionalista* en su segundo número (Santa Cruz 1990, XXV (II): 434 y XVI: 190). El número 3, de 1964 y el 5, de enero de 1965, en ACM, caja L/1-2. En realidad, en estos dos números, en el subtítulo se dice que es el «Órgano de la Juventud Obrera Tradicionalista».

8. Debo a Josep Carles Clemente la reflexión sobre el hecho de que esta segunda evolución ideológica tuviera su origen en los discursos del Montejurra de este año dedicados a la democracia. Véanse los discursos completos en AFM, en particular el del delegado nacional del MOT, Manuel Pérez de Lema.

9. ACM, «Congreso Nacional Carlista», 13 de febrero de 1966, caja J/1.

Sin embargo, contrariamente a lo que a veces han escrito algunos historiadores y piensan ciertos neotradicionalistas, consideramos que el impulsor de la evolución del carlismo desde mediados de los años sesenta del siglo xx no fue solo la familia Borbón Parma, ni tampoco Carlos Hugo –y su Secretaría– en particular, ya que en todo caso la dinastía influyó sobre el caldo de cultivo de unas nuevas generaciones de jóvenes militantes que por diversas causas y distintos caminos, espolearon al partido forzándolo a unos cambios que, con el tiempo, derivarían en la proclamación del socialismo autogestionario tras un proceso asambleario intensivo y de participación, que se plasmó en los tres primeros congresos de Pueblo Carlista que tuvieron lugar entre 1970 y 1972. Algunos tradicionalistas intentaron enfrentarse a esos jóvenes, de quienes consideraban que tenían poco de carlistas a pesar de que la mayor parte pertenecía a familias de este origen. Algo parecido ya había ocurrido también contra la anterior generación, la que inició la evolución previa, algunos de los cuales fueron tildados de anticarlistas.

Esa eclosión ideológica en pro de una revolución social y de un socialismo autogestionario, no era tan incoherente como algunos estudiosos han querido suponer. Otros en cambio, como Javier Tusell, han considerado que «la identificación entre socialismo y carlismo tenía una cierta lógica» (Tusell 1990, 773). Y mucho antes que este, otros autores como Miguel de Unamuno ya vieron que el carlismo tenía también visos de socialismo como cuando escribe que «el revivir del carlismo no es más que un mero síntoma del regionalismo en cierto modo socialista o del socialismo regionalista» (Pérez de la Dehesa 1973, 136).

Ciertamente, la familia Borbón Parma en general, y Carlos Hugo en particular, colaboraron o contribuyeron a impulsar unos cambios a partir de los años cincuenta del siglo xx. Y digo contribuyeron, pero no inventaron, porque algunos sectores carlistas de la primera generación que no había vivido la Guerra Civil, especialmente de la AET, ya estaban en sintonía con este tipo de cambios. En cualquier caso, hasta el final de la década de los sesenta, la tónica de esa evolución giraba en torno a unos planteamientos influenciados por la manifestación en Europa occidental de la socialdemocracia y socialcristianismo. Continuaron con la influencia de otros factores como el Concilio Vaticano II y el cambio generacional del propio carlismo, sin olvidar los movimientos anticolonialistas guerrilleros –aunque paradójicamente, también el pacifismo–, el marxismo, la teología de la liberación, el movimiento obrero, el Mayo del 68, etc. Aunque estos últimos dieron otro cariz a la evolución. Así, en estos años cruciales en España, entre las posiciones tradicionalistas, españolistas y teocéntricas que

rayaban el integrismo de una parte, y otras socializantes y democráticas de tipo izquierdista, la todavía intocable familia Borbón Parma, que para el grueso del carlismo representaba la legitimidad dinástica, se inclinó por dar respaldo al sector progresista, no solamente por su propia proximidad ideológica, sino también porque englobaba a los sectores del carlismo más combativo y más comprometido con la necesidad de cambios políticos del momento.

Esta experiencia carlista sufrió una ruptura en 1980, año que coincide con el abandono de Carlos Hugo de Borbón Parma y de la mayor parte de su equipo de la Secretaría General. Sin embargo, ello no quiere decir que el carlismo en general y el Partido Carlista en particular desaparecieran de la escena política. El partido fue languideciendo, pero 42 años después aún pervive como uno de tantos partidos minoritarios, con propuestas renovadas y críticas frente al neoliberalismo. Por otra parte, en mayo de 1986 se refunda la Comunidad Tradicionalista Carlista (CTC) (Canal 2000, 416) que aglutinará a pequeños grupos y personas escindidas por la derecha del carlismo «Javierista»,¹⁰ que era el grupo mayoritario con diferencia. Estas escisiones se habían producido en los años sesenta y setenta, aunque la más importante se remonta a 1958, cuando nació la Regencia Nacional Carlista de Estella (RENACE) (Cubero 1995a, 288), un grupo de carácter antifranquista, pero ideológicamente integrista.

Así, todavía hoy, existen dos formaciones que se reclaman herederas del carlismo histórico, una de derechas, neotradicionalista, y otra de izquierdas, socialista autogestionaria, que es la continuadora del carlismo javierista a la que dedico el presente trabajo.

Por lo que se refiere a los objetivos y el enfoque de esta investigación, hay que decir que se intenta ampliar el vacío existente en el estudio del carlismo relativo a la época estudiada, donde se pretende demostrar no solo su evolución ideológica y los cambios organizativos, sino también el compromiso de lucha contra de la dictadura franquista que mantuvo el carlismo. Sin embargo, a diferencia de otros estudios, el enfoque del presente está más centrado en las actividades que se hicieron desde las bases del carlismo militante que en las actividades, cuestiones, temas y documentos procedentes de sus elites o su dirección que, durante este periodo, estaba dirigido primero por el llamado por los carlistas «el viejo Rey», don Javier de Borbón Parma, y, después, tras

10. Sobre el variado tipo de escisiones en el carlismo (Caspistegui 1997, 173-187). También (Clemente 1999b, 20-27). Para el caso catalán (Molas 2000, 43-45).

su abdicación en 1975, por su hijo Carlos Hugo, ya no como pretendiente, sino como líder de un partido político.

Durante estos años de cambios se produjeron, como ya era una constante en la larga historia del carlismo, algunas escisiones por causas diversas y también muchos abandonos. Más importante que las escisiones fue el desenganche paulatino de muchos partidarios pertenecientes a lo que se podría calificar como carlismo sociológico porque no comprendieron que en esta nueva época de oposición era necesario pasar de ser un movimiento amplio y variopinto, a una organización compacta y bien organizada para poder hacer frente con eficacia a un régimen que volvía a perseguir el carlismo como ya lo había hecho tras la Guerra Civil.

Sin dejar de referirnos de forma tangencial a las disidencias que se produjeron, nos hemos centrado en la investigación del núcleo principal del carlismo, es decir, el que estuvo bajo la dirección de don Javier y de Carlos Hugo, o sea, la Comunión Tradicionalista / Partido Carlista.

No queremos pasar por alto una cuestión que frecuentemente se ha planteado de manera más o menos explícita. Nos referimos a la relación entre los orígenes del carlismo y el que se estudia en el presente libro. ¿Qué tiene que ver el carlismo primigenio de 1833 con lo que propugnaba el Partido Carlista en 1970? Algunos han dicho que nada en absoluto; que la deriva socialista-autogestinaría del Partido Carlista no tenía nada de carlismo. Sin embargo, la pregunta podría reformularse. A saber: ¿qué tiene que ver aquel primer carlismo con el de la AET y el MOT de los años sesenta del siglo XX? ¿Y con el carlismo que puso sobre la mesa los estatutos de autonomía para el País Vasco junto con Navarra, o el de Cataluña, durante la Segunda República? ¿Y con el que fundó los Sindicatos Libres en 1919 en Barcelona? ¿Y con la sistematización que realizó por estos mismo años Vázquez de Mella? Más aún, ¿qué tiene que ver con el levantamiento de los *Matiners* de 1846-1849, donde, como reconoce Manuel Santirso, «llegaron a coincidir en él carlistas, ultraliberales y republicanos»? añadiendo después que «está fuera de toda duda que el carlismo perduró, pero desde luego no lo hizo manteniéndose igual a sí mismo». Para terminar diciendo que «si exceptuamos el episodio de los *matiners* [...] tendríamos que hablar de un despertar después de un periodo de hibernación de más de treinta años (de 1840 a 1872), no de una pervivencia. Y, de ser así, ¿resultaría acaso concebible que el carlismo de 1833-40 y el de 1872-1876 tuvieron el mismo contenido, habiendo mediado las profundísimas transformaciones de todo género que conllevó la revolución liberal?» (Santirso 1999, 169-170).

Es evidente que el carlismo ha estado en evolución constante. La profesora Mercedes Vázquez de Prada así lo manifiesta al afirmar que «la voluntad de renovación y evolución ideológica» –junto con el apoyo popular– fue uno de los dos rasgos más determinantes del carlismo (Vázquez de Prada 2016, 23). Pero si bien se mira, todo colectivo de larga duración experimenta cambios que muchas veces pueden interpretarse –si es que no lo son verdaderamente–, como auténticos giros de 180 grados. Pensemos, salvando todas las distancias que haya que salvar, en la historia de dos casos de evolución muy significativos: el PSOE y la UGT en lo político-social, y el cristianismo/catolicismo en lo religioso. ¿Qué tiene que ver el PSOE y la UGT que fundara Pablo Iglesias con el de los González, Zapatero, Rubalcaba, Sánchez, por el PSOE, o Redondo, Méndez o Álvarez por la UGT? ¿Qué tiene que ver el cristianismo de Jesús de Nazaret con el de los Wojtyła, Ratzinger o incluso con el del «revolucionario» y bueno de Bergoglio? Salta a la vista que ha existido una evolución para adaptarse a los tiempos, aunque en el fondo se intente mantener una fidelidad a los orígenes y consecuentemente se intente justificar el cambio. Pero, con todo, incluso los sectores de estos movimientos que pretenden ser más fieles a los orígenes, se hallan igualmente, en muchos casos, a años luz de lo que fueron en su nacimiento.

Por esto, en ocasiones, en el caso del carlismo, este haya tratado de identificar la autogestión con ciertas formas comunitarias del pasado; el federalismo –o confederalismo– con los fueros; la rebelión campaesina con la lucha de clases; etc. Aunque sabemos que no es lo mismo. Por otra parte, si se deseara, sería prácticamente imposible hacer marcha atrás para volver a los planteamientos originarios.

El autor de este libro reconoce estar vinculado al carlismo por lazos familiares y que siente una especial simpatía por el Partido Carlista en el que militó en los años apuntados, razón por la cual, su experiencia vital le hubiera permitido escribir una parte de lo narrado sin necesidad de documentación. Sin embargo, ha hecho esfuerzos por documentar esta historia y justificar cuanto en ella se asevera de la manera más honesta posible.

Seguramente se habrá incurrido en algunas contradicciones y quizás no se haya conseguido del todo la imparcialidad deseable. Sea como fuere, en este vasto proyecto, que ha costado casi una década de elaborar, se ha pretendido recoger una parte de la historia de las bases activas del carlismo entre las décadas sesenta y setenta del siglo xx, para que pueda pasar a engrosar la larga historia del carlismo.

Como complemento a esta introducción quiero hacer una referencia al estado de la cuestión de los estudios sobre carlismo hasta el momento presente.

Dos de los primeros estudios más importantes y amplios sobre el carlismo, bien documentado desde la perspectiva liberal, son de Antonio Pirala: *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (Pirala 1984, I-VI) y su continuidad, hasta 1875, con la *Historia contemporánea desde 1843 hasta la conclusión de la actual guerra civil* (Pirala 1879, I-VI).

Desde el enfoque carlista tenemos la *Historia del Tradicionalismo Español* realizado muchos años más tarde por Melchor Ferrer Dalmau (1941-1960, I-XXX) –que hasta el tomo XI lo elaboró junto con Domingo Tejera y José F. Acedo–. Esta historia estuvo concebida para llenar el vacío dejado por la historiografía oficial, la de los vencedores liberales. En ella utilizó un gran acopio de cartas y documentos oficiales del carlismo, aunque otra gran parte posee de por sí carácter testimonial (Gambra 1979).

Durante las décadas de los años setenta y ochenta del siglo XX se produjo una renovación de la historiografía sobre el carlismo en sus orígenes, en coincidencia con un más amplio proceso de revisión de la historiografía en España. Por estos años se desarrollaron los aspectos socioeconómicos de tipo marxista, relegando a un segundo término los factores político-jurídicos en el origen del carlismo, acentuándose los planteamientos del mismo como una protesta socioeconómica y relativizando un tanto los elementos ideológicos. También por esta época se fueron introduciendo los planteamientos de la Escuela francesa de los *Annales*, o la de la escuela histórica catalana que promovió Jaume Vicens Vives, tal como lo hizo Josep Carles Clemente para el estudio de las guerras carlistas (Clemente 1982).

Exponentes de la renovación marxista fueron Josep Fontana (1975 y 1980: 7-16¹¹) y Julio Aróstegui (1970¹² y 1977) que reinterpretaron el carlismo más como un movimiento popular de protesta campesina que como un movimiento político y dinástico que era la tesis mayoritaria mantenida hasta entonces. Jaume Torras, alejado de las tesis marxistas, mantuvo también un planteamiento similar (Torras 1976). Los nuevos intérpretes rechazaron la idea de que los campesinos del siglo XIX, que se oponían a la revolución liberal, apoyaran sin más un movimiento de reacción específicamente feudal. Torras, además, explicó la adhesión del campesinado al carlismo más como reacción a una agresión

11. Reproducido en Canal (1993b, 107-126).

12. Reproducido en Canal (1993b, 51-77).

ideológica por parte de los liberales, que amenazaban su modo de vida tradicional, que como el resultado del deterioro de las condiciones materiales de los mismos que trajo la revolución burguesa.

Muy crítico con estos planteamientos de tipo marxista ha sido Alfonso Bullón de Mendoza en su cultivado y voluminoso libro *La primera guerra carlista*, donde tras analizar los distintos estudios regionales defiende un carlismo interclasista y desmonta mitos como el carlismo como movimiento «antirrico» o de que fuese un movimiento del campo contra la ciudad (Bullón 1992). Sin embargo, Francisco Asín, que ha colaborado con Bullón de Mendoza en otro libro conjunto (Asín y Bullón 1987),¹³ le contradice en cierto modo en otro documentado estudio sobre el carlismo aragonés, extraído de su tesis doctoral, al afirmar que el carlismo representaba «una fuerte oposición activa al liberalismo de amplios sectores de la población, especialmente del sector de aquella que poco o nada tenía que perder, contra el que nada podía hacerse con multas o embargos y al que la nueva situación marginaba política y económicamente». Y más adelante Asín continúa con la exposición de una lista de detenidos por estar complicados en motines carlistas en tres pueblos de Aragón, deduciendo que en su mayoría eran «aldeanos, campesinos de poca hacienda, jornaleros, arrieros, etc.», ya que «la ley de Desamortización fomentó la inquietud entre quienes vieron peligrar sus formas tradicionales de relaciones de trabajo», pues a diferencia de Francia, «aquí al campesinado no se le emancipa, sino que se le cambia el amo, a menudo más duro y exigente y que sobre todo le hará pagar las rentas en metálico» (Asín 1983, 27, 96-97).

También referido al primer carlismo aragonés, Pedro Rújula admite el apoyo popular al carlismo, especialmente del campesinado, pero partiendo de un descontento anterior a su formulación que como movimiento político estaba muy alejado del origen de la rebeldía, aunque «fue utilizada políticamente de forma muy oportuna por el carlismo, aprovechando el común denominador del descontento con el poder establecido» (Rújula 1995, 20, 453).

Para José Javier López Antón la interpretación marxista de las carlistadas no tuvo suficientemente en cuenta los factores religiosos. «Esta historiografía,

13. En este libro –en contraste con el interclasismo que Bullón de Mendoza defenderá cinco años más tarde en su tesis publicada con el título de *La primera guerra carlista*– se afirma que «“el carlismo en armas” se nutrió especialmente en los sectores más deprimidos de la sociedad» y «que efectivamente el carlismo fue, como apuntan Fontana, Garmendia y otros muchos, una vía de rebeldía campesina...». Aunque seguramente esta afirmación corresponde a la parte escrita por el otro autor (Asín) y no a la suya.

que acertaba en varios aspectos, no comprendía que tras los debates religiosos se perfilaban toda una serie de factores espirituales o culturales que afectaban a la vida cotidiana de la sociedad [...] esa espiritualidad, entendida en el sentido más laxo, afectaba a todos los valores de la sociedad humana. La fe determinaba todos los aspectos de la sociedad humana». Y añade que juzgar a aquellos hombres «con criterios morales del siglo xx fue un anacronismo que les impidió ver que los hechos de la vida espiritual movilizaron a muchas personas a afrontar la muerte. Esta fue una realidad que la historiografía no entendió» (López Antón 2004, 137-150).

Por su parte Jesús Millán (1990, 27-58; 1993, 13-50; 1998, 91-107) ha manifestado en algunos artículos su desacuerdo con la existencia de objetivos autónomos de protesta campesina manifestados por Fontana, Torras y Artóstegui. Por otra parte dice que no se podía hablar de un movimiento campesino protestatario debido a la diversa composición sociológica del carlismo, ya que, además, su discurso no hacía referencia a ninguna reivindicación social que pudiera interpretarse como lucha de clases. Solo se reivindicaba de forma explícita la legitimidad y la defensa de la religión y de la Iglesia católica. Por lo tanto, solo podía definirse como una protesta subalterna de poca incidencia supeditada a una dirección oligárquica y a un paternalismo monárquico, es decir, casi como mera comparsa manipulada en defensa del Antiguo Régimen. Millán desprecia así el enfoque de la concepción prepolítica de «rebelle primitivo» formulada por Hobsbawm como «legitimismo popular» o fuerza «conservadora-revolucionaria» del carlismo (Hobsbawm 2001). Otro autor más próximo a nuestros días dice a este respecto que «campesinos temerosos de la proletarización a la que se ven abocados y artesanos empobrecidos serán los protagonistas de la sedición carlista. Aunque los sublevados no sean capaces de definir el concepto de capitalismo, ni de burguesía, ni el de propiedad privada, y no construyan un proyecto social alternativo, no supone que no padezcan sus consecuencias» (Sanz 2000).

Volviendo a Millán, después de manifestar el desplazamiento durante el siglo xx de una parte de las bases carlistas hacia «moviments de protesta prou diferents [...] probablement l'evolució cap al republicanisme», llega a asegurar que «es mostrà impermeable a qualsevol readaptació d'esquerres» (Millán 1991, 17) lo cual es cierto solo hasta mediados del siglo xx.

Manuel Santirso, especialista en el siglo xix y claro exponente de la historiografía liberal, en contra de la mayor parte de los estudiosos, fue mucho más crítico, afirmando, como Millán, y contra las tesis de Josep Fontana, que «el

carlismo de 1833-1840 en Cataluña ha de ser entendido como una movilización contrarrevolucionaria armada que utilizaron primero y dirigieron después los privilegiados del Antiguo Régimen, y en modo alguno como un fenómeno de confluencia de un movimiento *desde arriba* y otro *desde abajo*». Y por si esto fuera poco, añade que «el carlismo en Cataluña exhibió una clara naturaleza antipopular, lo cual explica su aspecto armado» (Santirso 1999, 153-178).¹⁴

Sin embargo, Pere Anguera, en su documentado y argumentado libro *Déu, Rei i Fam. El primer carlisme a Catalunya*, da una visión bien distinta a la de Santirso, y muestra el componente popular de los carlistas catalanes –aunque desideologizados–, movilizados por el hambre no solo del campesinado, sino también de gentes de zonas industrializadas en crisis: «Els carlins catalans actius eren bàsicament membres dels sectors més depauperats de les classes populars, un conglomerat confús de pagesos empobrits i artesans empesos a la proletarització o a la misèria, ambdós revoltats contra la reforma liberal burgesa» (Anguera 1995, 422).

Antonio Caridad, en su documentado libro *El Ejército y las partidas carlistas en Valencia y Aragón (1833-1840)* –curiosamente prologado por Manuel Santirso–, deja clara no solo la crudeza y la violencia de la guerra por ambas partes, sino que también deja entrever en todo su texto el mayor soporte popular al carlismo no solo de forma implícita, sino también de manera explícita (Caridad 2013, 276).¹⁵

14. Santirso, para reforzar su argumento, se hace eco del testimonio del marqués de San Román, quien aseguró en su día que «los pueblos de Aragón y Valencia, importantes y ricos, sus capitales opulentas, y generalmente la parte del litoral no eran carlistas; se defendieron heroicamente, ampararon a nuestras tropas y reconocieron la autoridad del gobierno de la reina en todas ocasiones. Hasta los pobres habitantes del interior fueron siempre humanos con nuestros soldados, jamás abandonaron sus hogares y consideraron huéspedes molestos a los carlistas. Por miles se contaron las familias acomodadas, que desde el principio, y después, en lo más ardiente de la guerra, emigraron por no favorecerles, y apenas había personas de hacienda, influyente o ilustrada, que no se afiliase a la causa de la reina y de la libertad». Sin embargo, otro liberal, escribió con relación al mismo territorio, una opinión bien diferente: «Los mejores generales de Isabel se estrellaban contra aquella tenaz y poderosa resistencia del enemigo, que esgrimía las armas con la ventaja de serle adicto el país. [...] Un voluntario carlista con su fusil á las espaldas, recorría sin peligro una grande extensión de terreno, llegaba sin recelo hasta tocar los muros de las plazas fortificadas; cuando las tropas de la Reina, por el contrario, para hacer una marcha de algunas leguas con seguridad, necesitaban reunirse en número considerable, y según el terreno y las circunstancias, era menester un ejército entero» (Llistar 1887, I: 108).

15. «Ante las amenazas de ambos bandos, cada ayuntamiento informara a aquel hacia el que tenía mayores simpatías. Esto dio ventaja a los carlistas frente a los liberales, que carecían del apoyo de los pueblos del interior y que a menudo marchaban a ciegas, sin reconocer el paradero exacto del enemigo y expuestos a ataques por sorpresa». También lo deja claro Pedro Luis Bellés

Pérez Ledesma desmiente a otros autores –como por ejemplo Pere Anguera– cuando hablan de la debilidad de motivaciones «ideológicas» de ningún tipo, atribuyendo la movilización carlista a motivos personales de diversa índole y al reclutamiento a la fuerza. Así las cosas, los combatientes lo harían por ganar una soldada o por huir de las quintas, por agravios personales, o bien procederían del bandolerismo, o bien lo harían por emanciparse de la casa paterna y vivir una vida libertina, o por romper con los compromisos religiosos en caso de los clérigos, etc. En este sentido, parecería que los combatientes participantes en las contiendas estarían disponibles para defender cualquier causa. Pues bien, según Pérez Ledesma no fue así. Parece claro que en el enrolamiento en el carlismo hubo una mezcla de causas e incluso una sucesión de distintas motivaciones, como también hubo una evolución en sus planteamientos y doctrinas desde el primer protocarlismo de los realistas hasta el presente. Siguiendo las argumentaciones precedentes que podrían reducir la presencia de militantes carlistas a ocasiones temporales o circunstanciales, Pérez Ledesma se pregunta: «¿cómo explicar la lealtad al carlismo de sucesivas generaciones, tanto en momentos de paz como de guerra, y sobre todo tras haber perdido sucesivas guerras y sufrido las consecuencias negativas de las derrotas?» (Pérez Ledesma 1996, 143).

Es evidente que no es fácil saber las motivaciones personales de los voluntarios campesinos de antaño que, por razones obvias, no han dejado constancia escrita, por lo que, de alguna manera, sus intérpretes fueron los notables que recogieron un cuerpo doctrinal más o menos coherente. Sánchez Cervelló, al abordar el estudio del carlismo entre Cataluña, Valencia y Aragón, desde sus orígenes hasta 1936, advierte que la documentación es mayoritariamente liberal y escrita por los ganadores que eran quienes tenían las estructuras para ello, por eso añade que se ha de cuestionar y releer pacientemente, ya que no hay guerra sin propaganda y esta suele ser deformadora (Sánchez Cervelló 2015, 13).

Aparte de las causas legitimistas y religiosas, hubo otros planteamientos, quizá menos explícitos y de menor propagación, que dejaban claro que no se trataba de un simple movimiento contrarrevolucionario en defensa del Antiguo Régimen. Frente a los planteamientos «innovadores» del primer liberalismo, el carlismo se inscribe mejor en planteamientos de tipo «renovador» tal como los diferencia Alexandra Wilhelmsen (1995) aceptando ciertas reformas

en una novela muy bien documentada que, aunque presenta a los carlistas, en comparación con los liberales, como auténticos salvajes, expresa de forma clara el soporte popular al carlismo en el Maestrazgo frente al interés clasista de las elites liberales (Bellés 2014).

superadoras del viejo feudalismo. Esta autora también –al igual que otros muchos– hace hincapié en las reivindicaciones forales del carlismo no solo para Euskal Herria y Cataluña, sino que se reivindicaba también de una manera general «la autonomía regional y el particularismo, en contraste con el centralismo y uniformidad del sistema liberal» (Wilhelmsen 1995, 248).¹⁶

Desde la sociología del conocimiento, el profesor Artur Juncosa afirmaba en un artículo de 1984 que «lo nuclear en el carlismo ha sido una visión religiosa y monista de la realidad, un absoluto rechazo a la modernidad y una afirmación de la libertad en forma de “libertades” [...], más que de la abstracta posibilidad de actuaciones sin límites o con límites movibles a placer». Y por lo que se refiere a la legitimidad, afirmaba que la relación del pueblo con la dinastía, «circulaba más por caminos de adhesión sentimental que de reconocimiento racional de derechos jurídicos» (Juncosa 1984).

Por su parte José Luis L. Aranguren, en el prólogo a un libro de María Teresa de Borbón, dice: «Pienso que el carlismo fue la expresión política de la reacción del espíritu romántico-tradicional, frente a las nuevas formas de vida» (Aranguren 1977).

En cualquier caso, lo cierto es que el carlismo, con la aparición de alternativas sociales fruto de la radicalización revolucionaria, no se desvaneció diluyéndose en ella, tal como cabría suponer con una interpretación marxista (ni siquiera lo hizo en su última época socialista-autogestionaria, en la que quiso seguir manteniendo su identidad originaria), pero tampoco aceptó la alternativa liberal-conservadora. Poco a poco fue adaptándose por su cuenta a los cambios, manteniendo siempre su identidad legitimista, la defensa de la religión (o lo que en ella significaba de ética) y de unas instituciones políticas y sociales fuertes que, a modo de cuerpos intermedios, evitaran el despotismo real y facilitaran un gobierno justo, rememorando una idealizada sociedad armónica del pasado hispánico. José Antonio Piqueras lo expresó hace años de esta manera: «... el carlismo no alcanza a formular la aspiración de una sociedad distinta, por lo que su referencia inmediata es la *tradicción* [...] se reivindican los “viejos buenos tiempos”, en los que el rey, autoridad suprema, contenía abusos señoriales; tiempos míticos de equilibrada correspondencia entre derechos y obligaciones» (Piqueras 1994, 155-172). En ello coincide con Vicente Garmendia (1984, 516-517).

16. También Sánchez Cervelló considera que el modelo del estado carlista «era molt descentralitzat i proper a la confederació dels diversos regnes» y que la pervivencia del carlismo impidió al Estado español «implantar la centralització total» (Sánchez Cervelló 2015, 13-14).

En este sentido, López Antón dice que carlismo y anarquismo comparten esa idea de modo de vida pretérito, la nostalgia, concediendo «preferencia a la comunidad y la vida rural, frente al Estado y las nuevas formas de relación emanadas del capitalismo», subrayando «las relaciones orgánicas surgidas del medio social, frente a las relaciones contractuales propias de una sociedad individualista» (López Antón 2004, 144). En esto coincide también con David Algarra (2015) y con Félix Rodrigo Mora (2008, 59-74) en su artículo «El pueblo y el carlismo. Un ensayo de interpretación».

Tal vez por eso en momentos de crisis, ante el peligro de radicalización revolucionaria, una parte de los sectores burgueses conservadores y los llamados neocatólicos se acercaban al carlismo para utilizarlo como fuerza de choque contra lo que veían como un peligro. Pero luego, o bien lo abandonaban o se escindían formando otros grupos, cuando ya no les servía. Seguramente, en el fondo, no se identificaban con sus planteamientos que consideraban utópicos, fuera de lugar y tiempo. Quizás este tipo de razones eran las que llevaron al cardenal Tarancón –refiriéndose al carlismo de los tiempos de la guerra civil española–, a decir que la Iglesia «no se acababa de fiar de la Comunión Tradicionalista –a la que admiraba por su catolicismo profundo– porque su *idealismo* era peligroso para orientar el futuro de la sociedad» (Tarancón 1984, 297).

Sobre algunos de los planteamientos socioeconómicos del carlismo, en fechas más tardías, Pérez Ledesma recuerda que el «Acta política de la Conferencia de Loredan» de 1897, recogía, «entre otras, las siguientes “intrusiones” del poder público difícilmente compatibles con la libre regulación con el mercado: restauración de los gremios, establecimiento entre patronos y obreros de “relaciones morales y jurídicas anteriores y superiores a la dura ley de la oferta y la demanda”, e incluso extensión por toda España de la “beneficiosa institución del vínculo navarro”, para conseguir la vuelta al campo de los trabajadores que lo habían abandonado huyendo de la pobreza, y reducir al mismo tiempo la abundante mano de obra disponible en las ciudades» (Pérez Ledesma 1996, 145).

Con lo dicho parece claro que la continuidad del fenómeno carlista no puede explicarse con argumentos relacionados solamente por defensa de intereses materiales. Estos se mezclaron con formas antiguas de entender el mundo como la defensa de la religión y la monarquía como lo plantea Eric J. Hobsbawm en *Rebeldes primitivos*, tal como se ha indicado más arriba, al menos en el primer carlismo, dentro del período 1833-1876.

Unos años más tarde de terminada la tercera guerra carlista, Vázquez de Mella, en línea con la antedicha «Acta política de la Conferencia de Loredan»,

intentó una reformulación del carlismo sistematizando sus rasgos ideológicos en una moderna doctrina corporativa donde ya se vislumbraban algunos caracteres de tipo «socialista» —«sociedalistas» diría Mella— y «democráticos» con «mandato imperativo» dando más protagonismo a los cuerpos intermedios de la sociedad, de acuerdo con el principio de subsidiariedad, frente al crecimiento del cada vez más absorbente Estado central. La ideología mellista resucitará de nuevo en la inmediata posguerra civil española de la mano de algunos discípulos de Mella (Martorell 2008, 365-388, 410-423 y 520-536).

Paralelamente a estos planteamientos mellistas, los obreros carlistas fundaron o impulsaron los Sindicatos Libres, especialmente en Cataluña y el País Vasco, desde finales de la década de 1910 con un carácter obrero y reivindicativo en contra de la manida leyenda negra que los difamó primero y los olvidó después (Winston 1989).

Pues bien, llegados a este punto, y de acuerdo con Pérez Ledesma, en la formulación del carlismo hay que tener también en cuenta factores de tipo cultural relacionados con las formas de vida y visiones del mundo, que han ido transmitiéndose de generación en generación a través de la familia y otras formas de sociabilidad que contribuyeron a retroalimentar el fenómeno, como los círculos carlistas, tal como ya puso de manifiesto Jordi Canal en uno de sus primeros trabajos sobre el carlismo (Canal 1993b, 29-47).

Eduardo González Calleja, en otro balance historiográfico, volvía a reivindicar un análisis político, ahora renovado, que «pudiera explicar con mayor riqueza de enfoques (introduciendo análisis de antropología y sociología de la cultura) la coherencia histórica del movimiento carlista y su inusual prolongación en el tiempo» (González Calleja 2000).

Por su parte, Francisco Javier Caspistegui, en uno de sus muchos trabajos sobre el carlismo, incide también en la línea apuntada, porque «en el carlismo lo antropológico tiene un valor tanto o más relevante que lo político», afirmando que «las fiestas y el ritual festivo proporcionan un magnífico ejemplo de lo que el carlismo transmite a quienes lo observamos desde la actualidad, porque el elemento festivo manifiesta públicamente toda una serie de referencias que resultan de indudable valor para profundizar en esa dimensión vivencial y antropológica del fenómeno carlista» (Caspistegui 2004).¹⁷ Este autor sigue en esto la línea argumental del grupo de Ignacio Olábarri y de Mercedes Vázquez de Prada, su directora de tesis.

17. Agradezco al autor que me haya remitido copia de 20 folios sin numerar de este trabajo.

En este sentido, Jeremy Macclancy ya hizo en 1989 una aportación desde el punto de vista antropológico al fenómeno de los Grupos de Acción Carlista (GAC), un colectivo que llegó a practicar la lucha armada y que abordamos en el capítulo correspondiente del presente libro (Macclancy 1989, 177-185). Y es que desde este aspecto vivido es desde donde se puede utilizar la fuente oral como elemento esencial de la mirada antropológica.

Todos estos elementos analizados muy someramente hasta aquí, nos conducen a percibir los altibajos producidos, así como una gran variedad de enfoques sobre el carlismo y, por tanto, a considerarlo como un movimiento popular, diverso, amplio, interclasista, al que se le han ido juntando elementos de modernidad de distinto signo como por ejemplo lo fueron, por una parte, los que introdujo el pensador asturiano Juan Vázquez de Mella, considerado el primer sistematizador del cuerpo doctrinal del carlismo desde la derrota militar carlista de 1876 hasta su disidencia en 1919,¹⁸ que fue también un declarado defensor de su evolución y modernización ideológica, esforzándose, tanto desde su escaño de diputado como en sus numerosos mítines, en deshacer la «leyenda negra» que presentaba el carlismo a comienzos del siglo xx como un movimiento reaccionario, anclado en un absolutismo desfasado (Martorell 2008). Por otra parte, y coincidiendo con el abandono de Vázquez de Mella, el carlismo inició –aunque luego perdió su control– la constitución de un potente sindicato obrero, la Corporación General de Trabajadores-Unión de Sindicatos Libres de España, los llamados Libres –poco y mal conocidos según su más importante estudioso, Colin M. Winston–, que superando en muchos lugares a la UGT, y compitiendo con la CNT por la supremacía sindical, especialmente en Cataluña, mantuvo planteamientos radicales y visos anticapitalistas (Winston 1989).¹⁹

Con estos antecedentes, altibajos y adaptaciones, no es de extrañar que, tras el paréntesis de la Guerra Civil y la inmediata posguerra, en la segunda mitad del siglo xx el carlismo, bajo el liderazgo de don Javier de Borbón Parma y sobre todo de su hijo Carlos Hugo, a partir de su presentación en el acto de Montejurra en 1957, emprendiese, en equipo con un grupo de jóvenes

18. Vázquez de Mella se apartó de la militancia carlista –llamada «Jaimista» en aquella época– en 1919 y formó un partido tradicionalista no legitimista. Los postulados teóricos que él había sistematizado entraban en contradicción consigo mismo, puesto que la práctica política de Mella era de un mayor realismo y posibilismo. A pesar de todo, sus planteamientos doctrinales calaron en el carlismo posterior. Uno de sus discípulos, Hernando de Larramendi, llamó al tradicionalismo mellista el *tradicionalismo personalista* (De Andrés 2000, 15-23 y 191).

19. Textos más recientes se hacen eco de la desmitificación de la leyenda negra que pesaba sobre los Sindicatos Libres de Barcelona (Casanova 2000, 87; Cabrera y Del Rey 2000, 256-257).

universitarios y obreros, una nueva modernización o evolución que culminó en la época objeto del presente libro. Carlos Hugo en dicha presentación de Montejurra dijo (SUCCVM 1967):

España necesita que se actualice su Tradición para que sus principios se concreten en instituciones. El municipio y la región deben alcanzar, con espíritu foral renovado, su personalidad. Los sindicatos y entidades profesionales alcanzarán, con su vigor social, su independencia del poder político.

Este fue el pistoletazo de salida para el inicio de una evolución que inicialmente tuvo unos planteamientos «reformistas», aunque de mucho impacto para la España franquista del momento. Estos primeros planteamientos atrajeron el entusiasmo de las nuevas generaciones carlistas y también de algunos sectores no carlistas. Sin embargo, más tarde, con la radicalización hacia planteamientos socialistas –aunque fueran de un socialismo autogestionario de tipo humanista y cristiano– que a veces utilizaba el análisis marxista, provocó el paulatino abandono de muchos –con alguna escisión incluida–, que inicialmente habían apoyado entusiasmados la evolución. Una evolución, hay que decirlo, facilitada por el Concilio Vaticano II que tanto influyó en gran parte de sectores católicos donde el carlismo se hallaba también inmerso.²⁰

Javier Tusell veía y analizaba esta época carlista de la siguiente manera (1990, 773):

[El carlismo] una vez decepcionadas sus esperanzas de convertir al hijo de Don Javier, Carlos Hugo, en candidato oficial al trono, evolucionó hacia una postura que él mismo definía como socialista, autogestionada y federal y que poco tenía que ver con la tradición de este movimiento, pero que conectaba con los pronunciamientos habituales en la oposición de la época. En el fondo, sin embargo, la identificación entre socialismo y carlismo tenía una cierta lógica: el tradicionalismo siempre había tenido una vertiente popular que le enfrentaba a la Monarquía de la Restauración y la propia postura de Don Juan Carlos le incitaba

20. Ramón M.^a Rodón, uno de los que reaccionaron en contra del proceso evolutivo, en su tesis se empeña en falsear la realidad en un doble sentido: por una parte, al atribuir a Carlos Hugo y «su Estado Mayor político [...] su planteamiento ideológico»; por otra, al querer identificar el socialismo autogestionario carlista «entre las dos clases de socialismo más extremo [...] el comunismo de la Unión Soviética y el socialismo autogestionario de Yugoslavia», o bien tomando «sus préstamos más importantes del comunismo maoísta», insinuando, además, que el carlismo se identificaba, por ello, con «la interpretación materialista de la Historia y el ateísmo de Estado» (Rodón 2015, 491 y 504).

a recalcar la distancia respecto al régimen. Ya en 1972, los carlistas defendían una Monarquía socialista y en 1974 la tradicional reunión de Montejurra se hizo bajo la advocación de la autogestión. Con tales declaraciones el carlismo se condujo a sí mismo al suicidio, pero esto mismo es revelador de unos tiempos en que la oposición crecía mientras que los márgenes de reacción del régimen parecían reducirse casi a la nada.

Por su parte Tuñón de Lara, en 1976, al ser preguntado sobre la evolución del carlismo decía que:

Es un fenómeno de gran interés, aunque sin duda alguna es explicable. No podemos olvidar que el carlismo ha tenido siempre un enorme arraigo popular, ni tampoco que el proceso de industrialización en las zonas donde está extendido es notable. En Navarra, en concreto, se ha pasado de una mayoría agraria a una mayoría industrial en poco tiempo. La evolución seguida me parece lógica.²¹

Sin embargo, el sociólogo Artur Juncosa, que estuvo vinculado a la familia Borbón Parma, describía así el auge y posterior declive del carlismo socialista, en el ya mencionado artículo (Juncosa 1984, 291-293):

[...] también advertían los Parma, por su raigambre europea, que esta solución no está en resucitar el pasado ni en repetir frases de autores carlistas, sino en proyectar el futuro. Con esta intención, impulsado por su nueva dinámica, emprende el carlismo una vertiginosa huída hacia adelante que, a la larga, no podrá soportar y que acelerará su destrucción.

A la anterior carencia de doctrina social, le sustituye un proyecto social más ético que político, que se llamará «socialismo autogestionario» y que se convierte en el núcleo de la nueva ideología. Para convencer al pueblo carlista de la legitimidad del proyecto se le presenta a éste como un desarrollo de la doctrina foral. Esto, aunque sinceramente creído por quienes lo propugnaban, seguramente no era cierto. Más bien parece que, inventado «ex novo» el proyecto autogestionario, se intentó con esta argucia, ensamblarlo, mal que bien, en la vieja tradición. [...]

Su nacimiento en el seno del carlismo parecía una garantía de autenticidad y legitimidad; sin embargo su aparato conceptual y su léxico, con afanes de posmodernidad y de ruptura con el inmediato pasado, se tomaban prestados de una ideología bien definida y bien diferente, nada menos que del marxismo.

21. *La Vanguardia*, 18-5-1976. Citado por García y Salgado (2008, 212).

Es fácil percibir mejor y analizar las cosas *a posteriori*, pero en el fragor de la batalla los militantes carlistas veían el momento de otra manera; veían que luchaban por una utopía realizable tal como lo refleja una de las más destacadas personalidades de la familia Borbón Parma, María Teresa, en uno de sus libros militantes escritos en aquellos años de transición:

El futuro empieza ahora... ¿qué futuro? Un futuro de libertad, de justicia, un futuro en el que los valores que hacen que la vida humana valga la pena ser vivida —el amor, la fraternidad, la creación, la contemplación— sean valores esenciales. Es eso lo que llamamos una utopía. No es un vago fantasma. Es la meta de la ideología racionalmente construida. Es, para nosotros, una sociedad socialista en autogestión. Dominar el futuro por la utopía. Dominar el presente para llegar a ella. Esto quiere decir ser responsables. (M.^a T. de Borbón Parma 1977, 11-12)

También Carlos Hugo escribió un libro donde, tras un análisis de la sociedad del momento, presentaba la alternativa que ofrecía el Partido Carlista para el futuro de España (C. H. de Borbón Parma 1977).

A pesar de todo el contradictorio historial de este movimiento sociopolítico, el carlismo socialista autogestionario caló en sus bases más activas, y otros muchos carlistas sencillos hicieron notables esfuerzos por entenderlo durante algún tiempo.

En cualquier caso, los documentos demuestran que el sector de la Comunión Tradicionalista que devino en el Partido Carlista, a pesar de su radical evolución impuesta en parte desde unas bases que en su lucha antifranquista estaban en contacto con las luchas populares y con la izquierda, continuaba siendo el que mantenía el núcleo más numeroso, activo y dinámico del viejo carlismo histórico. Los que reaccionaron al proceso evolutivo del carlismo fueron, por lo general, algunos exdirigentes o notables nostálgicos de un determinado concepto del pasado carlista²² y también una parte de las bases menos politizadas, timoratas o con un menor grado de compromiso en las luchas populares.

Esta gran aventura carlista de evolución, o si se prefiere de giro copernicano, en la segunda mitad del siglo xx, no ha sido totalmente estudiada desde el punto de vista histórico. Pocos han sido los autores que lo han abordado y en su

22. Ramón M.^a Rodón, que confunde historiar con filosofar, a lo largo de toda su tesis nos repite las claves: «en ningún caso cabrán, dentro de la Escuela Tradicionalista, ni total ni parcialmente, aquellas ideologías que se manifesten contrarias al Derecho natural, interpretado a la luz del pensamiento cristiano» (Rodón 2015, 501-502).

mayoría lo han hecho o bien refiriéndose a aspectos parciales o bien de forma más sintética de lo que se hace en el presente libro. Aquí hemos intentado poner la lupa sobre aspectos obviados del carlismo de estos años.

Tal vez se puedan mencionar dos excepciones a lo dicho: una es la del profesor Francisco Javier Caspistegui –autor de diversos trabajos sobre el carlismo de esta época– en su obra *El naufragio de las ortodoxias. El carlismo, 1962-1977* (Caspistegui 1997). Aunque la documentación utilizada por Caspistegui proviene de importantes archivos de carácter oficial o de viejos dirigentes del carlismo, las actividades políticas de las bases carlistas quedaban un tanto desdibujadas a pesar de haber contado también con dos docenas de entrevistas orales. Caspistegui estudia, en palabras de Eduardo González Calleja, «el declive del carlismo» (González Calleja 2000, 287). Caspistegui también ha publicado otros trabajos de investigación parciales o de análisis, algunos de los cuales en colaboración con otros historiadores de la Universidad de Navarra, como el publicado junto con Mercedes Vázquez de Prada, «Del “Dios, Patria, Rey” al socialismo autogestionario: Fragmentación ideológica y ocaso del carlismo entre el franquismo y la transición» (Vázquez y Caspistegui 1995, 309-329), o junto con Gemma Piérola de la UPNA, «Entre la ideología y lo cotidiano: la familia en el carlismo y el tradicionalismo» (Caspistegui y Piérola 1999).

La otra excepción es la de Josep Carles Clemente, que también ha publicado diversos libros sobre carlismo y algunos sobre aspectos parciales de la época aquí estudiada. En su voluminosa *Historia general del carlismo* dedica una buena parte de su atención a la época que nos ocupa, sin llegar tampoco con profundidad a las actividades de las bases carlistas. De todas formas, es de destacar uno de los apartados –el libro VI– dedicado a las «bases documentales del carlismo contemporáneo (1966-1977)» (Clemente 1992, 867-1001), que sin duda son un importante complemento al presente libro.

Caso aparte merece la obra de 28 tomos, más el índice temático, de Manuel de Santa Cruz, *Apuntes y documentos para la Historia del Tradicionalismo español* (Santa Cruz 1979-1993). Aunque esta obra abarca el periodo de 1940 a 1966, aprovecha para introducir comentarios críticos por el desviacionismo del Partido Carlista y sobre la trayectoria y ciertas actividades de sus militantes así como de las personas de don Javier y de su hijo Carlos Hugo.

Por lo que se refiere a los autores que abordan parcialmente o de forma más sintética esta época, tenemos diversos casos: en primer lugar, los importantes trabajos de Jordi Canal, especialista en análisis e historia del carlismo, que resalta en muchos de sus trabajos los factores de carácter cultural, con los que

también coincide Manuel Pérez Ledesma en su estudio publicado en *Historia social*: «Una lealtad de otros siglos (en torno a las interpretaciones del carlismo)» (Pérez Ledesma 1996). Canal dedica al carloshuguismo las últimas páginas de *El carlismo. Dos siglos de contrarrevolución en España* (Canal 2000). También es importante su trabajo «El carlisme. Notes per a una anàlisi de la producció historiogràfica del darrer quart de segle (1967-1972)», artículo introductorio de un libro colectivo publicado bajo su coordinación. (Canal 1993b, 5-49). Este trabajo tiene su importancia porque aborda de forma crítica la historiografía de origen carlista –en sus versiones derechista o izquierdista– que se generó durante los años que nos ocupan, en un intento de justificar la evolución del carlismo de izquierdas y, por parte de los tradicionalistas, de hacer una lectura amable de la historia del carlismo.

Martin Blinkhorn, en su edición española de *Carlismo y contrarrevolución en España 1931-1939*, dedica en el epílogo un capítulo titulado «El carlismo en la España de Franco» (Blinkhorn 1979, 408-426). También aborda sintéticamente esta época en su artículo «Tradicionalisme, populisme i socialisme: la causa carlista, 1931-1981», en la revista *L'Avenç* (Blinkhorn 1991).

Por su parte, la ya mencionada Vázquez de Prada publicó un artículo monográfico sobre la AET (Vázquez 1998, 219-232) y otro sobre la reorganización del carlismo vasco en los años sesenta del siglo pasado (Vázquez 2012, 1111-1140).

Joaquín Cubero es coautor de la biografía *Don Javier, una vida al servicio de la libertad* (M.^a T. de Borbón Parma, Clemente y Cubero 1997) así como también de varios trabajos que abarcan parte de la cronología o de la temática de este libro, como «Montejurra 1976. Un intento de interpretación», publicado en la ya mencionada *Historia de la transición* (Cubero 1995b, 29-48), o «La prensa carlista de Cataluña durante la dictadura franquista» (Cubero 1995a, 275-314) en *Literatura, Cultura i Carlisme*, una de las muchas publicaciones realizadas tras los habituales y periódicos seminarios sobre carlismo organizados por la Fundació Francesc Ribalta, evento donde algunos de los autores han publicado trabajos referidos al carlismo de los años sesenta y setenta del siglo xx, tanto desde la investigación como desde el testimonio personal. Dichos trabajos provienen generalmente de historiadores o testigos directos de la militancia carlista. Entre estos cabe mencionar a Javier Onrubia, cuya faceta investigadora le ha llevado a ser el primero en escribir una monografía de los Grupos de Acción Carlista (Onrubia 2000) y otra de las Fuerzas Activas Revolucionarias Carlistas (Onrubia 2003), publicadas ambas en la colección que él dirige, la

Biblioteca Popular Carlista, que hasta el momento tiene publicados 30 títulos sobre historia del carlismo, así como una extensa colección: *Cuadernos de Historia del Carlismo*. Todo ello con temas y pequeñas biografías de la época que ahora nos interesa. Algunos de ellos son testimonios vivos de militantes de base más o menos destacados del Partido Carlista.

Algunos de los libros de la Biblioteca Popular Carlista son de gran interés por la cantidad de datos que aportan sobre la época estudiada aquí. Uno de Manuel Herrera titulado *Crónica del carlismo en Valladolid 1833-2007* (Herrera 2008). Otro el ya citado de Alberto García Bravo y Carlos Javier Salgado Fuentes que tiene por título *El carlismo: 175 años de sufrida represión* (García y Salgado 2008). También el de María Teresa de Borbón Parma, que publicó su interesante diario de actividades políticas en el exilio, escrito entre los años 1973 y 1978; se trata de *La transición desde el frente exterior* (M.^a T. de Borbón Parma 2001), donde describe las conferencias internacionales, congresos, contactos y reuniones habidas con representantes, personalidades y militantes políticos y sindicales de otros países, sobre todo de Europa, pero también con españoles en el exilio, como representante del Partido Carlista. Con anterioridad había publicado el libro titulado *La clarificación ideológica del Partido Carlista*, donde se explica la evolución ideológica del carlismo «vista desde su interioridad y en su praxis cotidiana», según reconoce su autora en la introducción (M.^a T. de Borbón Parma 1979).

Los anteriormente mencionados seminarios sobre carlismo, organizados por la catalana Fundació Francesc Ribalta, de Solsona, que dejaron de realizarse hace unos años, han sido en cierta forma recuperados por el anual Simposi d'Història del Carlisme organizado por el Centre d'Estudis d'Avià que recoge los textos en libros coordinados por los historiadores Daniel Montaña y Josep Rafart, que ya han publicado cada año los que van del 2013, al 2018, en los que no han faltado aportaciones de la época que abarca el presente libro como los trabajos de Jaume Campàs (2013), Javier Cubero (2014) y otro de nuestra factura (Miralles 2015b).

Rosa Marina Errea publicó en 2007 su tesis doctoral en un libro titulado *Javier María Pascual y El Pensamiento Navarro. «Con él llegó el escándalo» (1966-1970)* (Errea 2007). Como su título indica, es una biografía del que fuera director del conocido diario carlista, hasta ser destituido por un consejo de administración de mentalidad tradicionalista anclada en el pasado, que se opuso a la línea aperturista de Pascual, abierto a la problemática social y política de aquellos años y en línea con el carlismo que dirigía don Javier y Carlos Hugo,

recién expulsados de España por Franco, como también sería desterrado por ello a Riaza (Segovia) el propio Javier María Pascual.

Sobre la prensa carlista hay un trabajo de final de máster de Cristina Alquézar, de la Universidad de Zaragoza, dedicado a una publicación de esta ciudad. Se trata de *Esfuerzo Común. Una revista carlista de oposición al régimen franquista (1960-1974)* (Alquézar 2011). El trabajo de investigación está basado en el estudio de la propia revista, sobre todo a través de artículos del que fuera su editor, Ildefonso Sánchez Romeo, de Tomás Muro, su más importante director, y de entrevistas a los colaboradores Pedro José Zabala, Javier Echevarría y Santiago Coello.

Hay dos interesantes y poco conocidos trabajos: uno publicado en la mencionada Biblioteca Popular Carlista, *Sol en las bardas. La forja oculta de Carlos Hugo*, de Ignacio Ipiña (2009). Se trata de un relato del que fuera uno de los jóvenes estudiantes de la AET que trabajaron junto con Carlos Hugo tras su introducción en España. El otro, inédito, *Otro rey para España*, de Ramón Massó (2003),²³ que fue secretario de Carlos Hugo en esos mismos años.

Las más recientes publicaciones que conocemos son una del navarro Manuel Martorell (2014) titulada *Carlos Hugo frente a Juan Carlos. La solución federal para España que Franco rechazó*; otra del catalán Robert Vallverdú (2014) con el título *La metamorfosi del carlisme català: del «Déu, Pàtria i Rei» a l'Assemblea de Catalunya (1936-1975)*; otra del valenciano, afincado en Madrid, Evarist Olcina (2015) con el título *De carlismo y carlistas*; la de la profesora Mercedes Vázquez de Prada, *El final de una ilusión. Auge y declive del tradicionalismo carlista (1957-1967)*. La primera, que se ocupa del carlismo en toda la geografía de las Españas, abarca desde la venida a España de Carlos Hugo, a mediados de los años cincuenta del siglo xx, hasta su expulsión y la consiguiente proclamación de Juan Carlos como heredero de Franco. La de Vallverdú, constituye la última obra de su cuatrilogía sobre el carlismo catalán. En cuanto al libro de Olcina, se trata básicamente de una recopilación de artículos editados entre 2001 y 2012 en diversas publicaciones del Partido

23. Ramón Massó, *Otro rey para España*. Se trata de un trabajo recopilatorio, de 565 páginas, de memorias registradas en cinta magnetofónica entre 1966 y 1967 y transcritas en 1967. Los que participan en estas grabaciones son el autor, Ramón Massó, Ignacio Ipiña, José Antonio Pérez España, Ignacio Toca y José Antonio Parrilla, algunos de ellos fueron miembros de la «secretaría» de Carlos Hugo hasta 1966. Hay aclaraciones posteriores del autor de 1995 y de 2003 fruto de la última revisión. En esta obra se narran minuciosamente los acontecimientos vividos por los participantes desde que se plantearon traer a Carlos Hugo, allá por 1955, hasta que lo abandonaron en 1966. (Agradezco a su autor, Ramón Massó, la cesión de un ejemplar de su trabajo.)

Carlista, por tanto es una versión militante de su larga experiencia en el seno del carlismo, donde empezó como miembro de la AET, hasta llegar a secretario general del Partido Carlista. El libro de Vázquez de Prada es un estudio del carlismo en la época col-laboracionista de José María Valiente, donde el carlismo tomó cierto auge –al haber conseguido hacer acto de presencia en la vida pública aunque de manera extraoficial–, hasta su vuelta de nuevo a la oposición y el consiguiente inicio de su declive por causa del abandono de los sectores menos dados al enfrentamiento radical con el régimen.

En el Congreso Internacional Historia y Poéticas de la Memoria: La violencia política en la representación del franquismo (V Encuentro de la Comisión de la Verdad), realizado del 20 al 22 de noviembre de 2014, en la Universidad de Alicante, se presentó la comunicación «La expulsión de España de los Borbón Parma por el régimen de Franco en 1968», de Manuel Fernández de Sevilla, publicada en las actas en 2016 bajo el título *Història i poètiques de la memòria: La violència política en la representació del franquisme*.

Recientemente se han realizado dos tesis doctorales inéditas, con enfoques diferentes a la mía –*El carlismo militante (1965-1980). Del tradicionalismo al socialismo autogestionario*–, que es la que ha dado origen al presente libro. La primera, de 2015, del abogado Ramón M.^a Rodón Guinjoan, titulada *Invierno, primavera y otoño del carlismo (1939-1976)*, llena de conceptos histórico-jurídico-políticos y en la que las bases carlistas se intuyen como una comparsa sin protagonismo alguno; un «pueblo carlista» abstracto, movido por unos políticos e ideólogos que están por encima de él y donde se da por supuesto que «la nueva ideología, ajena al Carlismo» fue impuesta por Carlos Hugo y su equipo, llegando a sospechar que hubo infiltrados del Régimen, azuzando aquella hoguera, aquella locura de pretender convertir al Carlismo en un colectivo socialista autogestionario, no confesional e indiferente incluso en cuanto a las formas de gobierno (Monarquía o República)» (Rodón 2015, 457). La otra tesis es la ya mencionada de Daniel Jesús García Riol, mucho más comedida que la de Rodón y que podría considerarse complementaria a la del que esto escribe, aunque, como ya se ha dicho, la «resistencia tradicionalista» que estudia García Riol fue más bien una reacción de ciertas elites con poca adhesión de los elementos de las bases más comprometidos contra la dictadura franquista.

En un reciente libro editado por Vicente Javier Mas (2015) bajo el título de *Carlismo. Ideas y práctica política*, que es una recopilación parcial de algunas de las ponencias y comunicaciones del V Congreso Internacional de Historia de la Asociación Cultural Gregal, realizado en Castellón bajo el título «El carlismo

en la Historia» los días 11 y 12 de abril de 2014, aparecen dos trabajos que tratan pequeños aspectos del tema del presente libro: una comunicación que aborda la crisis que provocó en el carlismo el decreto conciliar de la libertad religiosa (Arregui 2015); y otro que es una ponencia que se refiere a las históricas divisiones en el carlismo, haciendo una brevísima mención a la que se produjo en los años del carloshuguisimo (F. Martínez 2015). En este libro, patrocinado –lo mismo que la organización del congreso– por la asociación Gregal Estudios Históricos se han publicado solo algunas de las ponencias y comunicaciones del congreso. Entre las no publicadas se encuentra una del autor del libro que tiene en las manos «Montejurra 1976: el primer crimen de Estado de la monarquía franquista».

Finalmente, queremos hacer mención a otros trabajos de investigación del autor del presente texto, publicados en libros y actas de congresos. Uno de ellos es fruto de la recopilación de tres de los trabajos de doctorado, más otro sobre una biografía de una dirigente carlista del País Valenciano: Laura Pastor Collado. Los títulos de dichos trabajos, que hacen referencia total o parcialmente a la época del último Franquismo y la transición son «Aspectos de la cultura política del carlismo en el siglo xx», «La oposición carlista al franquismo: entre la tolerancia y la represión», y «Laura Pastor: mujer y dirigente carlista del País Valencià» (Miralles 2004). Un segundo libro es un estudio de investigación dedicado a tres colectivos carlistas de estudiantes y obreros de los años sesenta y setenta del siglo xx, con un amplio apéndice documental que generaron dichas organizaciones (Miralles 2007). En las Actas del III Simposi d'Història del Carlisme, realizado en Avià, se publica un trabajo incluido en el presente libro referido a la trobada de Sant Miquel de Cuixà (Miralles 2015b, 233-241). Otros trabajos hacen referencia a historia local del carlismo castellonense (Miralles 1995, 113-126; 1997, 299-337; 2000, 351-367). Los últimos trabajos son «Carlistas armados contra el regimen franquista: los grupos de acción carlista», presentado en el I Congreso Internacional Territorios de la Memoria: El franquismo a debate, realizado en Valladolid los días 20 a 23 de noviembre de 2017; y «La repressió silenciada del règim franquista y postfranquista contra el carlisme, des de 1936 a 1980», en el n.º 67 de la revista *El Capsot*, del Racó de la Cultura i de l'Art d'Adall.

Por lo que se refiere a las fuentes utilizadas para escribir este libro, se ha recurrido fundamentalmente a documentos, publicaciones periódicas, libros, artículos y testimonios personales, bien de forma oral o por escrito.

En cuanto a los documentos, que son la fuente más importante del trabajo, provienen, por una parte, de archivos personales o familiares facilitados por individuos que están o estuvieron de alguna manera vinculados a la militancia carlista de base. También nos hemos servido de archivos actuales del Partido Carlista o de personas que actualmente pertenecen a él, independientemente de que vivieran los años tratados en el presente trabajo, pero que han tenido el deseo de hacer un ejercicio de recopilación documental. Esto ha permitido la posibilidad de consulta de documentos de difícil acceso y que reflejan de alguna manera las actividades que se realizaban al más bajo nivel en el movimiento carlista. El segundo lugar de procedencia, aunque menos importante, son los archivos públicos de carácter estatal o local. Entre toda esta documentación, parte de la cual se repite en varios de los archivos consultados, se ha obviado –aunque no siempre, claro está– la que hacía referencia a grandes declaraciones oficiales, discursos, proclamas de los dirigentes, etc., utilizando y centrándonos, sobre todo, en la que reflejaba lo más relacionado con las actividades de los militantes carlistas de base. En cuanto a ciertos acontecimientos de relativa importancia se han recogido o ampliado los que se ha podido comprobar que, o bien no habían sido suficientemente reflejados en otros trabajos, o simplemente no aparecen por ninguna parte en ninguna de las publicaciones impresas en forma de libro o artículo.

En cuanto a la utilización de publicaciones periódicas, hay que distinguir entre la prensa del momento en general, tanto legal como clandestina, otros colectivos y la prensa de origen carlista. A su vez, esta se divide entre la legal, como el diario *El Pensamiento Navarro* o las revistas *Montejurra* y *Esfuerzo Común*, y la clandestina, generalmente boletines de las distintas nacionalidades, o de carácter estatal.

Por lo que se refiere a artículos y libros, han sido también una importante fuente de información. Los libros de carácter histórico más general han servido para contextualizar ciertos acontecimientos carlistas generalmente no reflejados en ellos. Los libros y artículos dedicados específicamente al estudio del carlismo durante la última década del Franquismo y la transición son realmente escasos y, en su mayoría, estudian solo espacios cronológicos que recogen una pequeña parte en relación con lo que abarca el presente libro. Otros se centran en monografías sobre aspectos concretos del carlismo, que abarcan la totalidad o solo una parte del espacio temporal apuntado. Sin embargo, existe abundante historiografía militante que, por suponerla poco imparcial, debidamente interpretada ha servido también no solo para contextualizar, sino para sacar datos

de importancia y contrastar con la documentación y otros textos. De esta bibliografía son de cierto interés los libros y cuadernos dedicados a recoger tanto biografías como testimonios de viejos militantes del Partido Carlista.

Con todo este material sometido a estudio –por razones obvias, debidamente sintetizado en muchas ocasiones–, se ha tratado de hacer una radiografía de lo que fue el sector más dinámico de la Comunión Tradicionalista en los años sesenta, que culminó en el llamado Partido Carlista en la década de los setenta del siglo xx, pero, a diferencia de otros trabajos similares, insistimos, en este libro nos hemos querido centrar, más que en las actividades de la dirección, en el compromiso y actividades de la militancia de base del carlismo que dedicó tal vez los mejores años de su vida, tanto a la lucha contra la dictadura franquista, como a la consecución de una sociedad más igualitaria y libre que para ellos se plasmaba en el socialismo de autogestión.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no hubiera sido posible sin la colaboración y aportación documental y testimonial de una gran cantidad de personas que me han facilitado innumerables documentos inéditos de las diversas nacionalidades y regiones de las Españas. La mayor parte de ellos están o estuvieron vinculados a la Comunión Tradicionalista o al Partido Carlista. En este sentido se puede decir que es una obra colectiva.

Quiero mencionar, en primer lugar, al ya fallecido Carles Vilar Llop, de Vila-real, que me facilitó el acceso al Archivo del Partit Carlista del País Valencià. También a Rafael Navarro Mallebrera, que fuera director del Arxiu Històric Municipal d'Elx y de la Biblioteca Central Pedro Ibarra, que me facilitó una importante cantidad de fotocopias de documentos carlistas del Arxiu de la Memòria, depositados por Eliseu Climent. Igualmente agradezco al director y las trabajadoras del Arxiu General de la Administración de Alcalá de Henares su ayuda y la remisión de una considerable cantidad de documentos fotocopios, especialmente sobre los sucesos de Montejurra 76.

De diversas ciudades de España me remitieron copia de documentos y revistas, y me aportaron testimonios gentes diversas, amigas o desconocidas, a las que también quiero agradecer su inestimable colaboración. De Asturias: Joaquín Cubero, de Gijón, y Luis Menéndez de Luarda, de Oviedo. De Madrid-región: Javier Onrubia, de Leganés, y Evarist Olcina, Paco Ubierna y José María Tercero, de Madrid-ciudad. De Castilla-León: Josep Carles Clemente, de El Espinar. De Galicia: Manuel Rego, de Ourense. De Euskal Herria: Ildfonso José María Porro, de Bilbao; Feliciano Vélez, de Puente la Reina; José Lázaro Ibáñez, de Villava; José Luis Manchón, de Guetxo; Jon Kerejeta, de Ondarribia; los hermanos Manuel y José Mari Martorell y María Jesús Urta, de Pamplona. De

Cataluña: Miquel Llopis y Xavier Carbonell, de Barcelona; Jaume Campàs, de Caldes de Montbui; Víctor Cervera, de Tortosa. De Andalucía: Juan Cerrillo, de Torremolinos. De la región de Murcia: Francisco Lodeiro, de Murcia. De La Rioja: Pedro Zabala, de Logroño. Del País Valenciano: la ya fallecida Trinidad Ferrando, Josep Manuel Sabater, los hermanos Toni y Frederic Torres y Laura Pastor, de Valencia; Amadeu Císcar de Massanassa; Marisa Martín, de Segorbe; Miquel Monfort, de Nules; Leandro Adsuara, de Vila-real; Toni Alegre, Toni Porcar, Francesc Xavier Miralles, Santiago Albiol y Josep Sos, de Castelló; Pura Ramón de Benicarló; Alberto Querol de Vilafranca; Paco Puchol de l'Alcora; Antonio Gil y Pilar, su mujer, de Altura; Josep Maria Cabañes y su viuda, Maria Vilar, de Artana.

A mis compañeros del Grup d'Història Local i Fonts Orals de la Universitat Jaume I y a su directora, Rosa Monlleó, por sus ánimos en mis tareas históricas; al Grup per la Recerca de la Memòria Històrica de Castelló, del que también formo parte, y a los compañeros del Cercle Valencià d'Estudis Carlites.

A mis padres y abuelos que sembraron en mí el interés por el carlismo y su historia y a mis hermanos, que recibieron la misma herencia y que siempre me han apoyado.

Igualmente a mi hijo Josep que, a pesar de padecer el síndrome de Asperger, ha sido capaz de adaptarse a los momentos en que no he podido dedicarle más tiempo del que hubiera deseado.

A mi compañera Rosalía, no solo por su ayuda en la transcripción, corrección y escritura de textos y documentos, sino también por la comprensión que ha tenido conmigo al dedicar yo tantas horas y durante tanto tiempo a parir el presente libro.

Finalmente quiero mostrar mi agradecimiento al catedrático de Historia de la Universitat Jaume I, José Antonio Piqueras, que fue director de la tesis en la que se basa el presente libro, por la paciencia que tuvo conmigo durante la larga década que me ocupó esta investigación, a pesar de lo cual mostró un extraordinario interés y me animó a que pudiera llevar a buen puerto la tesis. También por sus acertados consejos y sugerencias que sin duda han contribuido a mejorar esta investigación.